

Selección

TERROR

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

RALPH BARBY

LA ALDEA MUERTA


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

351 — Ritual de alucinados, *Ralph Barby*.
352 — Yo, «el Destripador», *Curtis Garland*.
353 — Los límites del Infierno, *Clark Carrados*.
354 — Miradas de ultratumba, *Clark Carrados*.
355 — Sollozos, *Lou Carrigan*.

RALPH BARBY

LA ALDEA MUERTA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 356
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 33.731 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Las jovencitas estaban ya cansadas. Habían cantado, gritado, charlado y reído y se encontraban exhaustas mientras el autocar continuaba su ruta.

Marsha permanecía relajada en el asiento delantero, junto al conductor del autocar. Al alcance de su mano tenía el micro por el que hablaba a todas las muchachas que viajaban en aquella corta vacación de final de curso.

Dio a una de las teclas y la cassette se puso en marcha. Marsha había escogido una música suave.

El autocar rodaba por la estrecha carretera. A derecha e izquierda, bosques espesos y altas montañas con gran vegetación. Al fondo, un río espumoso surcando el valle.

De pronto, de forma inesperada, el autocar fue frenado saliéndose en parte de la carretera.

Marsha, perpleja, miró al conductor. En su horario de viaje no tenía una parada hasta dos horas más tarde.

El chófer la miró a su vez con unos ojos que reflejaban dolor y angustia. Tenía la boca abierta y daba la impresión de que quería decir algo y no podía mientras su cuerpo caía sobre el volante.

—Thompson, Thompson, ¿qué ocurre? —le preguntó en tono bajo para no alarmar a las muchachitas.

El chófer logró detener el autocar y colocar el freno de mano. Después, cayó sobre el volante.

—Thompson, Thompson...

De pronto, Marsha se encontró ante un hecho sorpresivo e inesperado, una situación que la asustó.

—¿Ocurre algo, miss Marsha? —preguntó una de las jovencitas.

—¡Rápido, las del equipo de socorrismo, rápido!

La propia Marsha quitó del asiento al chófer, como pudo, y lo tendió en el suelo mientras se producía un gran revuelo. Tres de las cuarenta y cuatro muchachas que viajaban en el autocar se acercaron para ayudarla.

—¡Rápido, es un ataque al corazón! Hay que hacerle respiración artificial y masaje cardíaco.

Dentro del poco espacio que había, dos muchachas movían los brazos del hombre, le abrían la camisa, le quitaban la corbata y Marsha le hacía el boca a boca. Era una situación desesperada.

El chófer se recuperó un tanto, pero Marsha comprendió que aquél no era el mejor lugar para atenderle.

—Vamos, vamos, lo sacaremos afuera, lo sacaremos afuera.

Entre Marsha y las muchachas, sacaron al chófer que tan súbitamente había enfermado. Aquel cuerpo semiinconsciente sufrió varios golpes antes de quedar depositado en el suelo, junto al autocar.

—Vamos, chicas, otra vez a hacerle la respiración artificial, hay que

ayudarle.

La maestra y guía de la expedición de muchachas en vacaciones exigua con energía, procurando al mismo tiempo no dejarse vencer por el nerviosismo que podía contagiarse a las chicas y convertirse en histeria colectiva.

Dos o tres muchachas se pusieron a gimotear. Otras, sacaban las cabezas por las ventanillas mientras Marsha, ayudada por el equipo de socorristas, trataba de salvar la vida al chófer y al fin lo consiguieron.

El hombre abrió los ojos; quiso hablar pero no lo consiguió. La boca se le había torcido alarmantemente.

—No tema, no tema, se pondrá bien —le decía Marsha—. Chicas, chicas, hay que parar un coche, hemos de pedir ayuda.

Las muchachas atendían a cada orden de su maestra que, después de todo, no era mucho mayor que ellas, apenas seis años, quizá cinco en algunas de ellas.

Invadieron el asfalto; la carretera era muy solitaria.

Marsha comenzó a desesperar. Ella sabía conducir, pero no se atrevía con un autocar. Por otra parte, sabía que sería una infracción de tráfico, agravada por tener que transportar a más de cuarenta muchachas.

Como que Thompson trataba de decir algo sin conseguirlo, Marsha le apretó el hombro pidiéndole;

—Tranquilícese, pronto le llevaremos a que le vea un doctor, lo peor ya ha pasado.

De pronto, se produjo una algarabía de gritos y chillidos.

Marsha comprendió que debía de acercarse un coche y rodeó el autocar. Un auto comenzó a frenar y pronto quedó rodeado por las jovencísimas caras femeninas.

Marsha se abrió paso.

—Por favor, dejadme.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz varonil.

—¡ Dios! —exclamó Marsha, espontánea —. Menos mal que habla usted nuestro idioma.

—He visto la matrícula inglesa del autocar y he oído a las chicas gritar en inglés —respondió el desconocido.

Marsha se habría fijado mucho más en aquel hombre joven que viajaba solo en el coche, un hombre que llevaba un bigote muy largo y tenía unos ojos muy vivaces y expresivos, de no estar en una situación tan apurada.

—Por favor, el chófer ha enfermado de pronto y tiene que ser llevado a un doctor para que se haga cargo de él.

—Yo no conozco mucho estos parajes, también soy extranjero aquí pero veré lo que se puede hacer. —Se apeó del coche y preguntó—: ¿Dónde está?

—Venga, venga. Chicas, abrid paso.

Las muchachas comenzaron a olvidarse del ataque cardíaco de Thompson para fijarse en aquel ejemplar de hombre que, al apearse del auto, demostró

poseer una estatura que les llamó la atención agradablemente. Los cuchicheos y las risitas comenzaron entre algunas de ellas.

—Me llamo Hank.

—Ah, sí, Hank Yo, yo, Marsha... Ya no sé lo que me digo... —suspiró—. Viajábamos y, de pronto, tuvo el ataque.

—Pues menos mal que pudo frenar. —Miró hacia la pendiente; abajo, el río estaba amenazador.

—Es cierto —admitió Marsha, como dándose cuenta en aquel momento del grave peligro que habían corrido.

Hank se arrodilló ante el enfermo.

—Está con los ojos abiertos. ¿Me oye?

—Sí, sí le oye, pero no puede hablar.

—Tiene todo el aspecto de un infarto, menos mal que está vivo.

—Es que le hemos hecho respiración artificial y masaje cardíaco —explicó una de las chicas.

—Y miss Marsha le ha hecho el boca a boca; lo hace muy bien, le pone mucho entusiasmo.

—Por favor, chicas —pidió Marsha.

—Vamos a ver.

Hank levantó el cuerpo del chófer entre sus brazos y al poder él solo, todavía atrajo más la atención de las jovencitas que comenzaron a seguir muy atentas cada uno de sus movimientos.

Hank puso a Thompson en el asiento posterior de su coche y preguntó a Marsha:

—¿Viene conmigo?

Marsha miró a las chicas y al autocar, detenido en la carretera.

—No, no puedo dejarlas solas, soy responsable de ellas. Lleve al chófer al doctor y dígale que avise a la policía de carretera para que venga a socorrernos. Esperaremos aquí hasta que la policía nos traiga un chófer. Cuando encuentre un teléfono llamaré a Londres para que se hagan cargo de esta situación.

—Bien, haré lo que pueda. Lo más importante, por el momento, es llevar a este hombre al hospital.

Hank se marchó en medio de gritos y despedidas por parte de las muchachas.

—Chicas, ahora todas arriba.

—¡Noo! —protestaron.

—Habría que comer, pero no llevamos nada. Teníamos que llegar dentro de un rato al hostal donde nos servirían, pero aquí, habrá que soportar la situación.

—¿Por qué no vigilamos la carretera por si viene algún policía?

Ante la pregunta de una de las chicas, Marsha asintió.

—Está bien, pero sólo tres y serán relevadas cada media hora por otras tres; las demás, adentro. Sólo faltaría que tuviéramos un estúpido accidente.

Pasaron las horas y sólo vieron algunos automóviles privados, muy pocos, que circulaban rápidos, ningún policía.

Marsha bajó en varias ocasiones al asfalto y también hizo leer a las muchachas a través del microteléfono textos sobre la ruta que estaban siguiendo, para que supieran mejor lo que veían cuando lo estuvieran contemplando. En realidad, buscaba las mil y una formas de mantenerlas el máximo de tranquilas.

—¡Queremos música, queremos música! —gritó una.

—¡Queremos música! —corearon otras. Al fin, el clamor fue unánime

—Está bien, está bien, a ver si con música calmamos los estómagos vacíos —suspiró Marsha, poniendo en marcha la cassette y mirando la hora por enésima vez.

No tardaría en anochecer y Marsha estaba ya más que preocupada, pero se resistía a abandonar el autocar dejando a las muchachas solas allí, o también enviar a dos o tres con un automóvil privado:

No sabía lo que podía ocurrirles y conservándolas a todas juntas, podría controlarlas mejor. En medio de ellas se sintió sola, con el peso de toda la responsabilidad.

El hambre comenzó a hacer estragos en aquellas muchachitas llenas de vitalidad. Se escucharon algunos gemidos y empezaron las quejas.

A la que no le dolía el estómago, se sentía mareada y a la que no, le dolía la cabeza. Otras se sentían mal sin saber cómo definir Jo que les ocurría.

—Marsha, viene un hombre en bicicleta.

—Sí, sí, ya lo veo.

El ciclista se dirigió al autocar cuando ya las primeras sombras de la noche caían sobre él. Se detuvo junto al autocar y dejó la bicicleta. Intentó abrir la puerta, mas estaba cerrada y palmeó en ella. Marsha bajó el cristal y se asomó.

—Hola, ¿quién es usted?

El hombre vestía unos pantalones ajados y una cazadora maloliente, cubría su cabeza con una tosca gorra que tenía una pequeña visera. En un pésimo inglés, preguntó:

—¿Son ustedes las que se han quedado sin el chófer?

—Sí, sí —se apresuró a asentir Marsha, abriendo la puerta—. ¿Cómo está?

—El doctor se ha hecho cargo de él y me han enviado a mí para que las lleve a la aldea.

—¿Sabe usted conducir autocares?

—Claro, por eso me han enviado.

—Loado sea Dios, pero podía haber venido usted antes.

—Me han avisado tarde. ¿Tiene usted las llaves?

—¿Las llaves?

—Sí, del autocar, las necesito para guardar la bicicleta en el portaequipajes. No la voy a dejar aquí o bueno, con subirla, creo que cabrá.

—Sí, claro que cabrá.

Subieron la bicicleta, cerraron la puerta y el recién llegado se colocó en el asiento del chófer. Le dio a la llave de contacto y el motor runruneó de una forma suave que agradó a Marsha.

—¿Qué le pasa, mira mi cara? —interrogó aquel hombre, al cual era difícil calcularle una edad concreta.

—No, yo no, claro que no. —Marsha se sintió como cogida en falta.

—Es inexpresiva, ¿verdad?

—Bueno, ahora que lo dice... —aceptó, nerviosa.

—Fue un accidente, me quemé. El fuego es malo, muy malo, y cuando uno se ha quemado, ya no lo olvida jamás.

Soltó el freno y el autocar comenzó a avanzar pausadamente, sin brusquedades.

—¡Chicas, a cantar el Yocairi yocuirá!

Las muchachas rompieron a cantar mientras el vehículo avanzaba con los faros encendidos perforando la noche que había caído sobre ellas como una gran bolsa, cubriéndolas, impidiéndoles que vieran el sol. El autocar vibraba por la serpenteante carretera.

El autocar se salió del asfalto y se introdujo por un camino vecinal lleno .de tierra, con muchos baches, subidas y bajadas. Tuvo que disminuir la marcha y, en ocasiones, casi hasta detenerse para tomar cerradas y dificultosas curvas. Las muchachas habían dejado de cantar, se sentían agotadas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Marsha con cierto temor.

—A la aldea.

—¿Está allí el chófer con el doctor?

—No lo sé, quizá se lo han llevado a la ciudad.

—¿Y cuánto hay de aquí a la ciudad?

—Mucho, estos parajes son muy solitarios, por eso todavía conservan tantos bosques.

Los faros del vehículo barrían el bosque, iluminaban los árboles. En ocasiones semejaba que no podrían continuar avanzando, pero el lugareño que había ido a rescatarlas, hacía marcha atrás y luego maniobraba hasta conseguir sacar adelante el autocar.

Aquel camino se le hizo interminable a Marsha. Miró su reloj y comprobó que hacía ya más de tres horas que había oscurecido. El viaje había dejado de ser un placer para transformarse en un infierno.

—¿Habrá camas para todas las chicas?

—No sé, creo que sí. Yo sólo sé que tenía que recogerlas y traerlas a la aldea.

Ya suspicaz por aquel viaje interminable entre los bosques, Marsha preguntó:

—¿Quién, quién lo ha enviado?

—Eh, mire, ahí está la aldea.

El bosque se abría y pudieron ver unas casas con unas corralizas junto a ellas. Las luces del autocar iluminaron las casas. Marsha comentó en voz alta:

—No hay nadie.
—Sí.
—No veo luces...
—Es que aquí no hay electricidad.
—¡No es posible!
—Aquí se vive bien sin ella.
Detuvo el autocar frente a la casa más grande que poseía un cartelón de hierro muy antiguo que advertía que aquello era un hostal. Después, había como una cornamenta extraña forjada en hierro, pero no podía leerse nada más.
—Chicas, abajo. Con orden, pronto penaremos.
No hubo algarabía, estaban todas muy fatigadas. El hombre que fuera a rescatarlas, bajó su bicicleta, montó en ella y se alejó.
—¡Eh, eh, no se vaya! —le gritó Marsha.
—No hay nadie —dijo una muchacha.
Marsha vio alejarse al ciclista como si éste no la hubiera oído o quizá no hubiese entendido su lengua, ya que la hablaba muy mal.
—Bien, veamos.
La gran sala o comedor del hostal estaba a oscuras. Marsha se fijó en el aldabón de la puerta y comenzó a dar golpes con él, llamando la atención.
Se vieron unas luces oscilantes y por una escalera de madera apareció una mujer llevando un candelabro de tres velas. Vestía de forma como si viviera en otro tiempo
Su rostro estaba muy pálido y sus ojos daban sensación de vidriosos. Podía ser joven, pero algo en su expresión patética la avejentaba.
—¿Qué buscan?
—Cenar y dormir. —Como que la mujer del candelabro permaneciera quieta, sin responder, Marsha se apresuró a explicar—: Se puso enfermo el chófer. ¿Me entiende? Al chófer le han llevado al doctor y nos ha traído aquí un hombre en bicicleta, no me acuerdo cómo se llama tiene la cara un poco especial. Estamos muy fatigadas, queremos cenar y dormir.
Tras un silencio que se les antojó interminable, en un inglés metálico, la mujer del candelabro preguntó:
—¿Cuántas son?
—Cuarenta y cuatro, y yo hago la cuarenta y cinco.
—No sé, iré a consultar.
Tornó a subir las escaleras, llevándose el candelabro.
—Eh, chicas; ¿alguna tiene linterna encima?
—Yo, yo tengo linterna —dijo una.
—Y yo...
Marsha consiguió reunir hasta seis y los haces de luz fueron en todas direcciones.
—Es un alivio —dijo Marsha, añadiendo —: Cuidadlas que no se os gasten, las pilas se consumen muy pronto.

—Marsha, aquí hay un candelabro. Si tiene fuego, lo encendemos.

Marsha buscó en el bolso de cuero donde llevaba toda la documentación de la expedición. Sacó un encendedor, se acercó al candelabro y prendió fuego a las velas.

Hubo júbilo general mientras se descubrían nuevas velas y candiles que Marsha fue encendiendo uno a uno hasta dejar iluminada toda la sala.

—Bueno, no es ningún prodigio, pero ya nos vernos las caras y creo que las llevamos bastante sucias —se rió Marsha, deseosa de contagiar a las chicas un optimismo que en ella era artificial.

La mujer que las recibiera, reapareció con su candelabro. Se hizo de nuevo el silencio y habló con una voz que a Marsha le sonó como lejana.

En aquel momento, oyeron el rumrum del motor del autocar. Marsha quedó quieta, desconcertada. Después, el rumor se fue alejando.

Corrió hacia la puerta, abriéndose paso entre las sorprendidas muchachas que recién obtenida su graduación escolar deseaban disfrutar de unas alegres vacaciones.

Al llegar a la puerta, Marsha se enfrentó con la noche. El rumor del autocar ya sonaba lejano y se iba perdiendo. Marsha no supo en qué dirección moverse porque no vio ninguna luz que la pudiera orientar.

—¿Quién se ha llevado el autocar?

CAPITULO II

Marsha estaba confundida. La situación había rebasado sus posibilidades de control.

Se hallaban en un lugar desconocido donde no había electricidad ni teléfono, era como una aldea anclada en otro siglo, no parecía de los tiempos que vivían.

Estaban en un país extranjero, con dificultades de idioma, el chófer había desaparecido y el autocar también. Por si fuera poco, aquel hostal no tenía capacidad suficiente para albergarlas con un mínimo de comodidad, por ello se encontraban distribuidas en cuatro amplias habitaciones, con siete camas y unos jergones habilitados como habían podido.

Las chicas dormían dos y tres juntas, en condiciones que nada gustaban a Marsha pero que se veía obligada a aceptar ante la imposibilidad de conseguir nada mejor. Por lo menos, tenían un techo bajo el que guarecerse.

La cena tampoco había sido ningún prodigio. Nadie las esperaba allí y no pudieron obtener pan. Tuvieron que conformarse con galletas mohosas y carne seca como el cuero, todo ello regado con un agua que sabía a huevos podridos.

Marsha había tratado vanamente de animar a las muchachas que estaban exhaustas y desalentadas.

La noche se había hecho extrañamente silenciosa. No se oían ni las campanadas de algún posible reloj que marcase las horas. No había motores de automóviles, motocicletas ni mucho menos el del autocar del que no habían sabido darle razón.

—¿Dónde estará el autocar? ¿Qué habrán hecho con él?—se preguntó Marsha por enésima vez.

Intentó conciliar el sueño, todo fue inútil. La tranquilizó en parte oír las respiraciones profundas de las muchachas. Ella dormía en una de las cuatro habitaciones, como una alumna más. Incluso rechazó una cama para dormir en un jergón, haciendo colocar en cada cama a tres chicas.

Se levantó diciéndose que debía vigilar el sueño de todas y con una linterna que le habían dejado, se alejó de su jergón.

—Marsha...

—Ptsss —pidió silencio.

—Esta aldea no me gusta —le dijo una de las jovencitas que, o bien se había despertado, o no había conseguido dormir aún.

—A mí tampoco —le respondió en voz baja—. Duerme, mañana será otro día.

Salió de la estancia y avanzó por el corredor. Penetró en otra de las habitaciones y comprobó que las muchachas estaban bien. Dormían, dentro de la precaria situación en que habían sido alojadas en aquel desagradable hostal.

La propia Marsha no había logrado quitarse del paladar él desagradable

sabor del agua ni de las mohosas galletas

En la tercera y cuarta alcoba, todo estaba bien.

—¿Es ya de día?

Marsha sabía que sólo su presencia tranquilizaría a las muchachas que no habían conseguido dormirse todavía.

Abandonó la cuarta de las habitaciones y ya en el pasillo se sintió atraída por la ventana que daba al fondo y que durante el día debía proporcionar luz natural a aquel lugar.

Allí estaba el retrete, pues no se le podía llamar aseo. No tenía lavamanos, ya que cada habitación poseía la arcaica palangana frente a un espejo y una jarra de agua, al lado o debajo.

Allí nacía una escalera que ascendía hacia el desván.

Marsha se sintió interesada por la ventana y, sin abrirla, miró hacia el exterior pese a que los cristales estaban muy sucios, con gran cantidad de polvo. Parecía increíble que en un hostal dejaran que tanto polvo se acumulara en los cristales. Podía decirse que el cristal era opaco y que el polvo tenía años. Sólo cabía pensar que no llegaban huéspedes a aquel hostal.

Con la mano, limpió parte del polvo. Después, miró hacia la noche sin saber exactamente por que lo hacía, era un impulso no razonado.

La luna iluminaba débilmente la plaza de la aldea donde se levantaban las casas dándose la cara unas a otras.

En el centro había una fuente que nacía de un gran bloque de granito que no podía ver bien pero que formaba una superficie superior ancha y octogonal a la que podía accederse mediante unas escaleras de piedra.

Sobre aquel bloque de granito, un paralelepípedo octogonal más ancho que alto, se erguía Una especie de monolito de unos tres metros de altura que a Marsha le pareció un culto más al falo como había en tantas y tantas ciudades del mundo, más o menos estilizados pero que en el fondo no era más que eso, un falo erecto apuntando hacia las estrellas.

Mas, en lo alto de aquel monolito fálico había algo que no pudo distinguir bien debido a la ausencia de luz.

Le pareció que el monolito se ensanchaba en su punta superior o bien que allí había algo, quizá una figura. Parpadeó y, de pronto, tuvo la impresión de que unos ojos amarillo-verdosos la contemplaban. Eran como las pupilas de un felino, fosforesciendo en la noche.

Marsha sintió un escalofrío que le recorrió el espinazo y una reacción súbita e incontrolada dentro de sí misma hizo que una ligera película de sudor la cubriera… especialmente en la espalda.

Fue la mezcla de un calor súbito, una humedad y un miedo hacía lo desconocido, hacia lo misterioso > que, sin embargo, se sabía próximo, muy próximo.

Con una sensación de angustia en el pecho, iba a retirarse cuando descubrió algo oscuro que avanzaba entre las sombras hacia el centro de la plaza que quedaba más iluminada por la luna.

Comprobó que se trataba de un carro provisto de un solo, largo y grueso mástil de tiro, de los utilizado para ser uncidos los bueyes. Sin embargo, aquel pesado carromato no estaba tirado por un animal sino por seres humanos, cuando menos así lo parecían.

Eran seres que vestían ropas oscuras, ajadas. Marsha no las podía ver bien, pero le daba la impresión de que aquellos ropajes estaban hechos jirones y quienes se cubrían con ellos no arrastraban voluntariamente el carro, sino que estaban encadenados a él.

Dentro del viejo carro, reliquia de tiempos pasados, iba una mujer joven cubierta por una túnica blanca. Su cabellera suelta, larga y espesa, destacaba sobre la tela que la envolvía.

Desde el otro lado del ventanal, Marsha vio como la desconocida, que casi semejaba un espectro, descendía del carro por su propio pie y subía los peldaños uno a uno hasta colocarse sobre la plataforma a cuyo pie nacía la fuente con un caño de metal.

La mujer se acercó al monolito de piedra y se arrodilló ante él. Se inclinó hasta besar el suelo con sus labios y así permaneció unos segundos.

Después, se levantó y comenzó a caminar en torno al monolito, sin salirse de la plataforma octogonal que tendría unos tres metros de radio. Marsha tuvo la impresión de que aquella mujer daba siete vueltas.

Los que habían arrastrado el carro permanecían en actitud pasiva, contemplando las evoluciones de la mujer que, de pronto, comenzó a ondular su cuerpo sensualmente.

De alguna parte o de muchas distintas, brotó una música de voces broncas mientras ella se estremecía en una extraña danza llena de sensualidad.

Así estaba cuando de detrás del carro salieron dos de aquellos seres a los que Marsha no alcanzaba a ver el rostro y que no estaban encadenados como los otros. Se acercaron a la mujer y le arrancaron la túnica, rasgándola. Después, saltaron de nuevo al suelo mientras ella, como poseída, continuaba danzando. Era como si no pudiera evitar hacer aquello cuando, de improviso, salló una sombra negra, una sombra que poseía unos ojos amarillo verdosos.

Aquella sombra no era humana sino animal, como un gigantesco gato que hubiera permanecido en lo alto del monolito, aguardando el momento propicio para saltar sobre su presa, y ese momento parecía haber llegado.

—¡Ah!

Marsha no estaba segura de si su oído acababa de jugarle una mala pasada o es que, realmente, aquella mujer había gritado de dolor.

La extraña bestia la derribó al suelo, sin caer de la superficie octogonal de granito y su piel blanca se oscureció mientras unas garras se hendían en sus carnes.

La mujer, sin duda alguna joven y bella, desapareció bajo la masa de la bestia que la cubrió sin cesar de moverse. Luego, aquel cuerpo oscuro, apenas visible en sus contornos debido a la escasa luz lunar, quedó quieto.

Se apartó de su víctima v miró hacia el hostal. Marsha tuvo la impresión de

que aquella fiera que transpiraba maldad, miraba hacia ella y aun estando los cristales entre ambos, dio un paso hacia atrás, llena de pavor.

La bestia abrió su boca que a Marsha le parecieron fauces horribles y lanzó a la noche una mezcla de grito y aullido que puso la piel de gallina a la joven maestra.

Vio a la bestia caminar a cuatro patas como un gran gato, como una pantera o algo semejante. Después, trepó por el monolito con una asombrosa facilidad, enroscándose en lo alto.

Los dos seres que arrancaran la túnica a la desgraciada mujer, volvieron a subir a la plataforma octogonal. Se inclinaron sobre el cuerpo inerte y lo levantaron, sujetándola por piernas y axilas.

Por la forma de caer la cabeza y las manos, Marsha tuvo la impresión de que había muerto. La distancia no le permitía ver las atroces heridas que le causaran las garras de la fiera mientras la mantenía sujeta.

Cargaron aquellos despojos humanos en el carro y los encadenados reanudaron la marcha, alejándose.

Marsha se frotó los ojos. Debía haberse traspuesto allí frente a la ventana y estando en pie, lo que jamás antes le había ocurrido. En la plaza de la aldea no había nadie, absolutamente nadie. Todo debía de formar parte de una horrible alucinación.

Se alejó de la ventana y tuvo la impresión de que huía, llena de pavor.

«No es posible, Marsha, tú no puedes tener miedo, no puedes. Eres la responsable de cuarenta y cuatro muchachas y no puedes dejarte vencer por el miedo, tienes que comértelo y hacer frente a la situación.»

Ante aquellas reflexiones, semejó cobrar nuevas fuerzas y apretando la linterna entre sus manos crispadas, descendió por la escalera que conducía a la gran sala del hostal donde había cenado y que ahora se hallaba a Oscuras.

Se acercó a la puerta iluminándose con la linterna y venciéndose a sí misma, abrió una de las hojas de pesada y reforzada madera.

Asomó al exterior. No tuvo frío a pesar de que sólo vestía el camisón de dormir. No se detuvo a pensar que la ropa que vestía no era la más idónea para salir al exterior y de noche, pero se sentía atraída por la fuente de la plaza y se encaminó resuelta hacia ella.

Por el caño de latón no salía agua. Lanzó el haz de luz hacia lo alto del monolito y sólo vio una forma oscura que nada parecía decirle.

Se fijó en las escaleras y subió despacio por ellas, deteniéndose en cada uno de los peldaños que daban acceso al bloque de granito octogonal que debía de tener unos dos metros de altura y en cuyo centro nacía el fálico monolito.

Cuando llegó a lo alto, notó que en su cuerpo había unas vibraciones, era como una suave corriente eléctrica que la obligaba a mover los músculos.

No se dejó doblegar por aquellos calambres que sentía, como si una fuerza electromagnética escapara de la piedra.

Ayudada por la linterna, Marsha buscó en la superficie de la piedra donde

había estado la mujer.

Encontró sangre, sangre en gran cantidad e incluso algo que la horrorizó aún más, jirones de piel con vestigios de carne,

Su respiración se hizo más profunda, era como si necesitara más aire, más oxígeno. No, no podía aceptar algo tan horrible cuando escuchó tras de sí una mezcla de runruneo y rugido gutural. Era un rugido contenido y amenazante a la vez, un rugido que dejaba escapar un vaho caliente.

Se revolvió y miró hacia lo alto.

Vio los ojos amarillo verdosos y las fauces abiertas de la bestia. Sus colmillos fosforecían también.

Lanzó un grito de terror y saltó desde lo alto de la piedra que tenía todo el aspecto de ser un altar. Cayó de bruces sobre la tierra, delante de la fuente.

La bestia rugió con mayor fuerza; era ya una especie de aullido y espeluznante maullido, algo que Marsha jamás había oído antes.

Casi sin respiración, se recuperó y echó a correr hacia el hotel. Llegó a la puerta cuando la maligna masa oscura saltaba desde lo alto del monolito y corría en pos de ella.

Marsha logró cerrar la puerta y escuchó los ruidos al otro lado de la hoja de madera. Notó como las temibles uñas se hundían en la madera y arrancaban astillas, notó hasta el calor de aquel vaho que escapaba por las fauces...

—¿Por qué la has despertado? —preguntó tras ella una voz de mujer que la sorprendió.

—¿Eh?

—Ahora que se ha fijado en ti, no podrás escapar de él.

Marsha, ante la mujer que las había atendido en el hostal y que se iluminaba con el candelabro de tres brazos, preguntó apenas sin voz:

—¿Quién es, quién es?

Mas la mujer de pálido semblante y ojos como vidriosos, de movimientos lentos, se alejó con sus luces hasta desaparecer sin darle una respuesta.

Marsha corrió hacia las habitaciones, no podía resistir más.

CAPITULO III

Sentía que se ahogaba. Despertó bruscamente y abrió los ojos. En torno a su jergón había varias muchachas observándola. Una de ellas, la que tenía los cabellos más rubios, de un color oro blanco, le preguntó:

—¿Tenía una pesadilla, Marsha?

—¿Eh?

—Que si tenía una pesadilla —repitió la morena Anjanette.

—No sé, no recuerdo nada. —Y era cierto, en aquel momento no se acordaba de nada.

La pelirroja Jo observó:

—Parecía angustiada.

Se incorporó, sentándose sobre el jergón. La luz entraba por la ventana. Había nacido un nuevo día y la luz que borraba las tinieblas hacía olvidar las angustias.

—¿Vamos a desayunar? —Preguntó una de las chicas—. Yo tengo hambre.

Otra dijo, con mucha claridad:

—Aquí se duerme muy mal.

—Sí, muy mal, hay que marcharse cuanto antes. Desayunaremos y nos iremos a otro lugar, pero hay que interesarse por Thompson y tengo que telefonear a Londres, No es fácil hacerlo desde aquí.

Ante semejantes perspectivas, aquellas adolescentes comenzaron a armar algarabía, como pájaros en el nacimiento de un nuevo día.

Mientras abandonaba su jergón, Marsha las observó en conjunto. Eran niñas a ratos, pero mujeres físicamente.

Le agradó el bullicio y el griterío de las jóvenes. La luz de un nuevo día hacía olvidar una mala noche.

Marsha recordó la extraña y maligna fiera y se preguntó si todo había sido una pesadilla como preguntaban las muchachas o hubo algo de cierto.

Se vistió y bajó a la sala. Abrió la puerta y miró a la plaza. Allí estaba la fuente que nacía del bloque de j granito en forma de prisma octogonal, colocado en vertical y de unos tres metros de radio por dos de altura, lo que le hacía muy aplastado.

En la superficie superior de aquel bloque nacía el monolito también pétreo y encaramado sobre él, una extraña y escalofriante figura también cincelada en piedra que formaba parte del conjunto.

Tenía mucho del arte de las gárgolas de las iglesias góticas del siglo XIII en su máxima expresión del hermetismo, pero allí no había iglesia ni catedral alguna. Aquel granito negro no tenía un pulido suave sino que era tosco y rugoso.

Marsha miró hacia la puerta del hostal y vio unas astillas y huellas de garras. Volvió a mirar hacia el monolito y sintió un nuevo escalofrío. Aunque

parecía de piedra, estaba segura de que no había soñado, de que había visto con sus propios ojos cobrar vida a aquella escultura nada tranquilizadora.

Sabía que podía subir de nuevo a la piedra para comprobar si había manchas de sangre, mas prefirió no verlo cuando notó que le escocían las rodillas. Se las miró y comprobó que tenía raspaduras.

Recordó que se había lanzado al suelo desde el bloque granítico del que nacía la fuente, cayendo de rodillas.

—Marsha, ¿qué vamos a desayunar? —le preguntó la voz de Anjanette.

—¿Desayunar? Sí, claro, hay que pedir que nos sirvan alimentos.

—No hay nadie —dijo otra de las muchachas, desde lejos.

—¿Cómo que no hay nadie?

—No hay nadie —repitió ahora Goldie.

—Pues hay que buscar a la mujer que nos atendió.

Marsha caminó resuelta hacia una puerta que se abría en la sala y que daba acceso a la gran cocina y a las despensas.

La gran cocina en penumbra, debido a que la ventana que tenía era pequeña y también estaba llena de suciedad, le produjo una sensación de abandono, el polvo lo invadía todo.

Se acercó a los fogones, completamente fríos. Había cenizas, pero eran unas cenizas que bien podían tener siglos. No encontró nada. Abrió una despensa y la halló vacía, ni siquiera había un roedor.

La alegría que les proporcionara la luz del sol comenzó a desvanecerse.

—Eh, ¿dónde están? —gritó Marsha de pronto, girando sobre sus propios talones como si todo su cuerpo fuera un eje.

—No hay nadie —repitieron las niñas que la seguían.

—Vamos a formar grupos de cuatro y a buscar por todo el hostal hasta que encontremos a la mujer que nos sirvió. ¡Adelante!

Aquella exploración del edificio resultó algo divertido para las muchachas.

Marsha, desalentada, tenía la impresión de que acabaría gritando y se decía a sí misma que no podía, que debía sujetar sus propios nervios o provocaría el caos en las chicas que estaban a su cargo.

Mientras los grupos de muchachas exploraban todo el hostal, Marsha se asomó a la puerta que daba a la plaza.

Descubrió a la rubísima Goldie subida al bloque de granito octogonal del que nacía el monolito que sostenía la repugnante figura. Goldie danzaba allí como lo habría hecho una gogó de discoteca.

—¡Goldie!—gritó, asustada.

La chica continuó danzando al compás de una música que sólo debía existir en su mente, porque allí ni los pájaros se oían pese a los espesos bosques cercanos. La jovencita danzaba como poseída.

—¡Goldie!

Goldie siguió sin responder. Marsha corrió hacia el bloque que formaba la base de la fuente sobre el cual se alzaba el monolito alrededor del cual danzaba Goldie como viera hacerlo a la desconocida la noche anterior.

Llegó a lo alto y fue directa hacia Goldie que no cesaba en su danza. La sujetó por los brazos,

—¡Basta, basta!

Goldie siguió moviendo la cabeza y Marsha la abofeteó, arrancándola de su abstracción. La joven se la quedó mirando con fijeza.

—¿Qué he hecho?

—Goldie, Goldie... —La abrazó y notó que sus ojos se humedecían—. Vámonos de aquí, Goldie, no debes subir aquí, no debes.

—No sé qué me ha pasado, tenía muchas ganas de bailar.

—Vámonos, vámonos.

Volvió su cabeza hacia lo alto y tuvo la impresión de que los ojos de piedra de la desagradable escultura que se hallaba como encaramada en la cima del monolito, permanecían clavados en ella.

Apartó rápidamente la mirada y empujó a Goldie hacia la puerta al tiempo que le pedía:

—No vuelvas a subir allá arriba.

—¿Por qué, qué hay de malo?

—¿De malo? No sabría explicártelo pero, por favor, no subas, hazme caso y no me hagas más preguntas. Ayudadme entre todas, ¿no os dais cuenta de que tengo muchos problemas? ¿Dónde estará el autocar?

—¿Es que no sabe dónde está el autocar?

—No.

—¡Marsha, Marsha!—le gritaron las chicas.

—¿Habéis encontrado a alguien?

—No hay nadie, todo está lleno de polvo —le dijeron casi a coro.

—Vaya, sí que es extraño todo esto —musitó —. Formad ahora grupos de a ocho y llamad a las puertas de las otras casas. Alguien tiene que atendernos.

Marsha observó cómo las muchachas peregrinaban de puerta en puerta, golpeándolas, gritando, En ninguna hallaban respuesta y se percató entonces de que allí no había ni perros, lo que contribuía a aumentar la sensación de abandono.

—Esto está muerto —observó Jo.

Las palabras de la muchacha hicieron tomar a Marsha una drástica decisión.

—Vamos, coged todas vuestras cosas, nos vamos.

—¿Y el autocar? —preguntó una de las niñas.

—No hay autocar, nos vamos caminando hasta la carretera. Ya sois mayorcitas, hacéis deporte y podéis andar. Será un día de excursión por los bosques.

Anjanette se acercó para preguntar:

—¿Y dónde está el autocar?

—Ya lo buscará la policía, ha desaparecido.

—¿Lo han robado? —inquirió Janine, una muchacha muy pecosa y delgada.

—No creo. Como aquí apenas entienden nuestro idioma, quizá se lo han llevado a un taller o encerrado en un garaje hasta que Thompson se recupere. De todos modos, lo mejor será acudir a la autoridad para que lo encuentren. Nosotras nos vamos de aquí ahora mismo, ya habéis visto que no hay nadie y no hemos encontrado nada que comer.

—Voy a beber agua —dijo una de las muchachas, dirigiéndose a la fuente.

—¡No, no bebas de ese agua!

—¿Por qué?

—Puede estar contaminada. Al haberse estancado dentro del depósito, se habrá estropeado.

La muchacha que trataba de beber se encogió de hombros y retrocedió. Todas recogieron sus cosas que eran pocas, pues junto con el autocar habían desaparecido sus maletas y sus prendas de repuesto.

También notaban el hambre en sus jóvenes estómagos que tenían que alimentar unos cuerpos que transpiraban vitalidad.

—Bien, ¿estáis todas?

—¡Sí!—respondieron al unísono.

—De todos modos, pasaremos lista.

Sacó una hoja doblada de su bolsillo y comenzó a leer nombres. Las chicas iban respondiendo.

—Agatha Steward...—Aguardó y al no oír el «presente», repitió la llamada —: Agatha Steward.

Se produjo de nuevo el silencio, seguido de comentarios entre las jóvenes. Marsha comenzó a preocuparse cuando una chica salió corriendo por la puerta del hostal.

—¡Presente, estaba en el retrete!

Las compañeras de Agatha se rieron y Marsha suspiró de alivio. Prosiguió pasando lista hasta que hubo comprobado que tenía reunidas a todas las muchachas.

—¿Listas las amazonas?

—¡Sí!—gritaron de nuevo.

—¡Help! —Una de las adolescentes inició la canción de los Beatles y las demás clamaron a coro.

Marsha se puso al frente de aquel casi medio centenar de muchachas de las que era responsable. No sabía en qué lugar estaban, sólo sabía que aquella aldea estaba muerta y que allí habían sucedido hechos en los que no quería volver a pensar.

Tenían un camino delante en el que estaban marcadas las rodadas del autocar y eso le daba fuerzas, ya que podían tardar más o menos, pero llegarían a la carretera y allí podrían detener algunos vehículos pidiendo auxilio.

Sabía que las chicas se quejarían de hambre y posiblemente de sed, pero había que ser fuertes y seguir adelante. Lo que tenía que evitar era un histerismo colectivo.

Estaba sola para controlar a todas aquellas muchachas y ya había alguna que la rebasaba en altura y peso. Físicamente no podía gobernarlas, tenía que imponerse a ellas con cuidado, con psicología, hila era la maestra, la guía y estaba por encima en estudios, edad y experiencias, pero temía que sus fuerzas flaquearan.

Era un ser humano y también sabía lo que era el miedo. Alejarse de la aldea le producía un gran alivio.

El camino no fue tan bueno como Marsha pensara. Subidas, bajadas, vueltas y más vueltas dentro de un boscaje enmarañado. Habían andado como una hora, siguiendo las rodadas del autocar, cuando comenzaron las primeras quejas entre las chicas.

—¡Marsha, estoy cansada!

—¡Tengo hambre!

— Yo también tengo hambre y sed. —Una de las muchachas comenzó a llorar.

—Buscaremos un pequeño arroyo y descansaremos un rato. Cuanto antes lleguemos a la carretera, antes estaremos en un lugar civilizado donde bailaremos comida. Si nos quedamos aquí, no comeremos.

Encontraron un arroyo y se detuvieron.

Las muchachas engañaron a sus estómagos con agua y Marsha se refrescó el rostro. Suspiró, quería dar a las muchachas la sensación de que todo iba bien. Reanudaron la marcha cuando una de las chicas gritó:

—¡Una casa, hay una casa!

Marsha se detuvo, la miró y dijo:

—Vamos hacia ella.

Fueron casi en tropel, gritando. Arribaron a la casa y las recibió un perro que ladró furioso. Mas, al ver a tantas mujeres juntas y gritando, no fue capaz de ir hacia adelante sino que se quedó frente a la puerta de la casa sin dejar de ladrar, dándose cuenta de que sus posibles enemigas eran demasiadas.

No tardó en aparecer en el umbral de la puerta un hombre de rostro huraño y aspecto tosco, un hombre que vivía en soledad. Las miró perplejo, desconcertado.

—Buenos días, buenos días. ¿Entiende mi lengua?

El hombre de la casa del bosque las miró con fijeza y no dijo nada. Marsha comprendió que aquel hombre no hablaba inglés y que habría de entenderse con él por señas.

—¿Comida? —Marsha hizo elocuentes gestos con las manos y la boca.

Mientras las chicas se reían, el hombre negó con la cabeza. Marsha no se desanimó y sacó su billetero.

—Pagaremos, pagaremos, queremos comida.

El hombre se acercó para examinar los billetes. Luego, miró a Marsha a los ojos. Dio media vuelta y se internó en la casa. Al poco, regresó con dos grandes panes que entregó a Marsha ante la alegría general porque' aquel hombre había comprendido sus necesidades.

—Más, más —pidió Marsha.

El hombre se acercó a los billetes que mostraba la: joven. Escogió unos que a Marsha le parecieron excesivos, pero no se atrevió a protestar para no quedarse sin pan.

El hombre hizo movimientos con las manos como: indicándoles que se quedaran por allí y él retornó al interior de la vivienda.

—Muchachas, creo que aquí vamos a comer, no sé cuánto pero algo comeremos, de modo que os podéis quedar por aquí sin molestar, ¿eh? Si hacemos enfadar a este solitario del bosque, nos vamos a quedar sin comer.

Cuando Marsha decidió entrar con cautela en la casa del bosque, vio el fuego encendido y sobre él lo que debía de ser un cordero que se estaba asando. Pensó que aquel hombre había ido muy rápido matando al] animal, desollándolo y preparándolo.

—Bueno, ¿eh? Bueno.

Él hombre de aspecto meditabundo y cabellos grises, duros y ásperos, cogió a Marsha por el brazo. En] principio, ella tuvo deseos de deshacerse de él, pero se dejó llevar hasta el horno de la cocina y olió a pan. Él lo señaló con el dedo, mostrándoselo.

—Bien, muy bien —casi aplaudió Marsha comprendiendo que el solitario hombre les estaba haciendo pan y asado para todas.

El hombre le habló y Marsha no comprendió nada de lo que le dijo, pero lo importante es, que él ponía buena voluntad.

A Marsha le hubiera gustado preguntarle si esperaba a alguien más, pero la dificultad del idioma le hizo desistir. Optó por sonreírle como expresión de agradecimiento

Las jovencitas debieron oler el pan v el asado y se animaron, jugando, cantando o charlando en pequeños coraos.

El perro se sentó sobre sus patas traseras, las observo pensativo; nunca había visto a tantas mujeres juntas.

—¿Está lejos la carretera? —preguntó Marsha de pronto.

El hombre del bosque la miró interrógame. Marsha buscó algo con que hacer rayas y optó por coger al hombre por el brazo y sacarlo de la casa.

En el suelo, con el palo de una rama, comenzó a dibujar la carretera. El hombre asintió con la cabeza.

—Venimos de...

Dibujó unas casas. Entonces, el hombre le quitó el palo de la mano y en medio de las casas dibujó la fuente con el monolito y la extraña figura en lo alto.

Lo hizo de forma tosca pero reconocible por completo. Marsha asintió.

—Sí, sí, de aquí venimos.

El hombre ensombreció su rostro y dándoles la espalda, se internó en la casa ante el desconcierto de Marsha.

Reapareció con un cuadro en el que había varias fotografías juntas. Le mostró a una muchacha y comenzó a mascullar palabras con voz grave al

tiempo que señalaba la aldea dibujada en la tierra.

—Goswok, Goswok, Goswok —repitió una y otra vez, señalando sobre el monolito de la fuente.

—¿Goswok? No entiendo.

—Parece que quiere decir que la fuente se llama Goswok—manifestó Anjanette.

El hombre cerró su puño con un gesto que parecía de impotencia mientras se le oscurecía la mirada. Entonces, gritó como una maldición en la que se repetía la palabra «Goswok».

Marsha miró mejor lo fotografía y tuvo la impresión de que había visto a aquella joven mujer. De pronto recordó Jo ocurrido la noche anterior y que se empeñaba en creer que había sido una alucinación pese a las pruebas que habían quedado de lo sucedido.

El hombre se alejó a grandes zancadas y no hacia la casa. Marsha dudó entre sí seguirle o no y optó por entrar en la casa y ver cómo estaba la comida. Estaba preocupada por el hambre de las muchachas.

—¡Goldie, Anjanette, Jo, ayudadme!

Poco más tarde y gracias a un afilado cuchillo, partieron la comida que por falta de platos fueron colocando sobre servilletas de papel.

Comieron como si fueran parte de una tribu primitiva. El hombre no había vuelto a aparecer, aunque e perro continuaba allí, sentado.

Después de comer, Marsha pidió a un par de muchachas que la acompañaran y fueron más de cinco las que lo hicieron.

Avanzó en la dirección en que marchara el hombre del bosque y lo encontraron no muy lejos, arrodillado frente a una gran piedra plana depositada sobre otra más pequeñas que le servían de soporte. El hombre estaba como abatido ante ella.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Marsha con suavidad

—¡Goswok, Goswok! —rugió, el hombre golpeando con sus puños sobre la gran piedra.

En la losa estaba cincelado el nombre.de Goswok Marsha lo repitió entre dientes cuando, de pronto, una de las chicas lanzó un grito de terror.

—¿Qué pasa? —presunto Marsha, corriendo hacia ella.

—¡Marsha, Marsha, está muerta, está muerta!

Marsha se inclinó para ver y descubrió el rostro de la mujer de la fotografía. Era la misma que la noche anterior viera danzar en el monolito de piedra. Evidentemente, estaba muerta. Su cara estaba intacta y su cuerpo, pese a que no se podía ver porque toda ella quedaba oculta bajo la gran losa que impedía que el hombre del bosque pudiera llevársela, se adivinaba destrozado

—¡Vámonos, vámonos!

—¡Está muerta, muerta! —repitió Kristin.

—Sí, sí, ya lo he visto y parece que era la hija de este pobre hombre. Vámonos, dejémosle con su dolor.

Regresaron a la casa. Habían comido ron abundancia y se sentían más

fuertes, más vitales. Marsha pidió:

—Quiero que, en adelante, ninguna os separéis del grupo.. Hemos de llegar cuanto antes a la carretera. Ocurren cosas desagradables que no quiero que nos afecten a nosotras y nada de histerismos.

Marsha sabía que no conseguiría que las que habían visto el cadáver de la hija del hombre que les proporcionó de comer, se callaran, todas terminarían por saberlo y era mejor plantear el tema desde el principio.

Marsha prefirió iniciar la marcha sin esperar a que aquel hombre regresara, ya que podía pasarse horas junto al cadáver de su hija. Era una situación que podía enloquecerlo.

Recordé su mirada y pensó que quizá ya estaba algo neurótico a causa de lo sucedido. Lo que no comprendía era por qué no llamaba a las autoridades para que esclarecieran el hecho.

Cansadas pero comidas, avanzaron de nuevo por el camino del bosque, un bosque inmenso. Detrás de una colina venía otra y las horas iban pasando. Tuvo que hacer varios altos en la marcha y en uno de ellos opinó:

—No parecía que hubiéramos viajado tanto en el autocar.

—Mi madre siempre lo dice —comentó Jo—, con el coche las distancias parecen muy cortas, pero luego, andando, se hacen muy largas. Cuando llegue a casa, le diré que tenía razón.

Marsha consultó su reloj. Miró el sol que iba hacia su ocaso y comenzó a preocuparse. Si la noche las sorprendía en aquel bosque, la situación se pondría más! fea aún.

—¡Casas, veo casas! —gritó de júbilo una de las muchachas que iba en vanguardia.

Unas cuantas echaron a correr. Marsha suspiró de alivio y aceleró el paso, pero a la entrada del poblado se detuvieron y Marsha quedó paralizada al reconocerlo.

—¡La aldea!

Era la aldea de la que partieron. Sólo habían dado vueltas y más vueltas por los bosques para terminar regresando. Allí, en el centro de la plaza, estaba la fuente del monolito con la diabólica escultura sobre ella, como una pantera esperando para saltar sobre su presa. Su aspecto, aunque tosco, era inquietante.

—Marsha, ¿y la carretera?—le preguntó Goldie.

—No sé qué ha podido suceder. Siguiendo las rodadas del autocar, hemos caminado en círculo. Después de tantas y tantas vueltas, hemos regresado al punió de partida.

—¡Yo quiero irme, yo quiero irme!—sollozó una de las muchachas.

—¡Basta, no quiero llantos! Me he equivocado, es cierto. Hemos seguido el rastro del autocar y, por lo visto, no era el camino acertado, quizá lo han hecho rodar por otros caminos distintos al que utilizamos para llegar. Estamos en un paraje desconocido de un país extranjero y no es fácil orientarse. La súbita enfermedad de Thompson nos ha causado todos estos problemas, pero

estoy segura de que nos estarán buscando y nos encontrarán. Ahora ya no nos queda otro remedio que pasar la noche aquí y no voy a tolerar que ninguna salga de la casa. La puerta se va a cerrar para todas, de modo que adentro. Encended velas, id preparando las habitaciones para dormir y cerrad las ventanas.

Goldie se acercó, preguntando:

—¿Es que puede entrar alguien, quizá el asesino de la hija del hombre del bosque?

—No lo sé. Aquel hombre no supo explicarse, pero pudiera ser que por este lugar tan solitario anduviera algún loco. Si estamos todas juntas, nada nos podrán hacer. De todos modos, coged palos o cualquier cosa que pueda servir para defenderos. —Algunas muchachas, las más pusilánimes, comenzaron a sollozar—. No quiero que os asustéis, pero hemos de defendernos. Este sitio es muy solitario. Hasta que regresemos al mundo civilizado, dejaremos de ser burguesitas pusilánimes para convertirnos en amazonas luchadoras.

Las chicas cogieron miedo y a Marsha no le pareció mal. Si estaban asustadas, no cometerían torpezas saliendo al exterior donde ocurrían cosas que ella no llegaba a comprender.

Cerraron las puertas, atrancándolas, mientras iba oscureciendo cuando apareció la mujer del candelabro, sorprendiéndolas.

—¿No se han marchado?

Marsha sintió un violento coraje dentro de sí y se fue hacia la mujer, enfrentándosele.

—¿Qué es lo que ocurre aquí, dónde estaba cuando la llamamos esta mañana, quién es Goswok?

—Goswok es mi amo y señor.

—¡No, no!

La zarandeo y, al hacerlo, se le movieron las ropas. Marsha descubrió de pronto en su cuerpo huellas aterradoras de zarpazos profundos. La miró a la cara y se fijó en sus ojos vidriosos.

—¿Usted, usted bailó en la fuente?

—Sí, para Goswok, mi amo y señor y todas bailaréis para él, todas. Es insaciable, inagotable, y el placer que os dará será tan violento como la misma muerte.

—¡Está loca, loca! —le gritó Marsha.

La mujer del candelabro dio media vuelta y volvió a subir las escaleras.

—Marsha, ¿qué hacemos? —preguntaron las chicas.

—Dos o tres, con palos, seguidme y veremos adonde va.

Cuatro muchachas, envalentonadas por la actitud de Marsha, la siguieron escaleras arriba. Fueron por el corredor y se enfrentaron con la escalera del desván. Subieron por ella yendo Marsha al frente.

Abrió la puerta, dio un paso hacia adelante y su pie quedó en el vacío. Pudo agarrarse a la puerta y las muchachas la ayudaron, cogiéndola. Ante ella se había abierto una trampilla.

—¡Uf, por poco me caigo!

Una de las jóvenes proyectó la luz de su linterna hacia el fondo de aquella especie de trampa y vieron un carro de un solo mástil de arrastre. Junto a él había extraños seres vestidos con ropas hechas jirones, seres que esperaban.

—Marsha, ¿quiénes son? —preguntó Goldie, a punto de estallar en un grito.

Marsha cerró la puerta, de un golpe.

—No sé quiénes son. Vamos abajo.

Aquella trampilla daba en vertical al establo, posiblemente. Marsha notó que se apoderaba de ella un pánico cerval al que no podía dar rienda suelta. Sí ella perdía los nervios, ¿qué iba a ser de las muchachas solas?

—Escuchadme bien, estamos en un lugar que no se cómo describir, pero sí sé que estamos en peligro, os pido que seáis fuertes. No quiero que gimoteéis como; cobardes, nos vamos a sentar aquí y nos vamos a pasar; la noche leyendo salmos. Entre salmo y salmo, rezaremos un padrenuestro y, oigáis lo que oigáis afuera, ninguna se asomará a la ventana y si alguien golpea la puerta, nadie abrirá.

—Marsha, lo dice como si el diablo estuviera afuera —le observó Anjanette.

—El diablo y sus acólitos están en todas partes, imaginad que están afuera y que quieren entrar.

Marsha extrajo la Biblia que llevaba consigo en su bolso y tomando asiento, comenzó a leer.

Las muchachas, asustadas, la rodearon, aunque no pocas comenzaron a desmoronarse y a quedarse dormidas en las más diversas posturas Marsha no les dijo nada, lo mejor para ellas era dormir.

De pronto, pudieron escuchar con gran nitidez aquella mezcla de grito, aullido y maullido que les heló la sangre. Marsha se interrumpió un instante en la lectura, pero luego, sin levantar la cabeza, prosiguió:

—Marsha, ¿no ha oído? —preguntó Anjanette.

—Nadie ha oído nada, sigamos con la Biblia.

—Pero, afuera hay como una bestia que ruge o maúlla, no sé —observó Kristin.

La diabólica bestia volvió a emitir su rugido, aullido y maullido, mas fuerte aun, más largo y escalofriante que el anterior. Era como un grito de rabia, desafío y reclamo.

—Recemos juntas el padrenuestro —pidió Marsha, convencida de que si lo que estaba afuera era sobrenatural y diabólico, quedaría mantenido a raya con los rezos.

Escucharon golpes en la puerta que daba la impresión de que iba a caer abajo.

—¡Va a entrar! —gritó Goldie.

—Rezad, rezad. Ahora, cantaremos el séptimo salmo de David...

«Jehová, Dios mío, en ti he confiado sálvame de todos ¡os que me persiguen y líbrame.

No sea que arrebate mi alma, cual león que despedaza, sin que haya quien libre...»

Mientras las muchachas cantaban a coro, los golpes cesaron y cuando el salmo concluyó, se hizo un profundo silencio. Luego, pudieron oír un ruido que Marsha identificó como el del carro avanzando por la plaza.

Con voz ronca, dijo entonces:

—Tratad de dormir como podáis.

Sin soltar la Biblia, se dispuso a pasar el resto de la noche vigilante, pensando que aquel ser maligno y diabólico que estaba afuera no las atacaría de nuevo.

Sin embargo, no pensaba abandonar su vigilancia. Lo que no sabía era cómo iban a escapar de aquella trampa en la que habían caído. Parecía como si el maligno Goswok estuviera dispuesto a no dejarlas escapar.

CAPITULO IV

Unos claxonazos la despertaron. Marsha estaba derrumbada en una silla y todo le dolía. Por el suelo, tendidas en las más diversas posturas, se hallaban las muchachas.

Las velas se habían consumido. El olor era fuerte, desagradable, y por los resquicios de la ventana entraba luz.

Marsha sacudió su cabeza.

Los claxonazos no sólo la despertaron a ella sino a varias muchachas. Marsha se puso en pie y se acercó a la puerta. Miró por uno de los varios resquicios que allí había y gritó después:

—¡Hank!

Se apresuró a abrir la puerta y se encontró frente al hombre que se había llevado al chófer en su automóvil.

El joven alto, de aspecto fuerte y dinámico, de enmarañado cabello negro y bigote de guías largas y muy poblado, miró a Marsha y le observó:

—Parece que ha pasado mala noche.

—Dios, Dios, menos mal que ha venido.

—La verdad, me ha costado mucho encontrarlas. Ayer estuve todo el día buscándolas. Me detuve en todos los caminos hasta que descubrí las rodadas del autocar que me han conducido hasta aquí. Un camino endiablado, no sé qué será de los amortiguadores de mi coche.

—¿Dónde está Thompson?

—¿El chófer?

—Sí, claro.

Mientras, las muchachas se despejaban levantándose de sus incómodas posturas y arreglándose los pelos como podían.

—Lo llevé a la villa.

—¿A qué villa?

—Está a quince kilómetros siguiendo la carretera aunque le dijera el nombre no le diría nada, pero ¿cómo vinieron a parar aquí?

Nerviosa, temiendo que su explicación no fuera bien comprendida, Marsha dijo:

—Vino un individuo en una bicicleta a hacerse carga del autocar.

—¿Le conocían?

—No, era un hombre con una cara muy extraña! Dijo que hacía tiempo había tenido un accidente y se le quemó la cara. ¿Le conoce?

—Yo no conozco a nadie de estos lugares, soy forastero. Iba a visitar a un cliente, soy arquitecto especialista en casas antiguas que quieren ser remozadas. Bueno, el médico me dijo que se encargaría de avisar a alguien que fuera en su ayuda, quizá les envió al hombre del que me habla.

—Ese hombre, ese hombre, no sé cómo decirlo, nos trajo aquí en vez de a la villa de que nos estás hablando —le dijo, tuteándole —. Y luego me parece

que fue él quien se llevo el autocar.

—¿Que se lo llevó, adonde?

—No sabemos. Lo hemos estado buscando y no lo hemos encontrado. Ha desaparecido, nos dejó en esta aldea muerta y aquí ocurren cosas monstruosas.

—No me digas que sois supersticiosas...

Marsha soltó un sonoro bufido. Cogió a Hank por el brazo ante la sorpresa de éste y lo sacó fuera del hasta para hablarle a solas sin que las chicas les pudieran oír

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Crees en los zombies?

—¿Zombies, estás de broma?

—No, no estoy de broma. Yo también me hubiera reído antes de ayer, pero ahora, no. Esta aldea está muerta, muerta. ¿Lo entiendes? Muerta.

—Sí, muerta, pero...

—Por la noche aparecen seres que yo creo que están muertos y a los muertos vivientes, ¿no se les llama zombies?

—Sí, eso creo, aunque no estoy muy versado en la magia negra.

—Se llevaron el autocar y aquí no vive nadie. Nos marchamos de esta aldea siguiendo las rodadas del autocar y caminamos horas y horas por los bosques hasta dar con la casa de un hombre que vive solo y al que le habían asesinado a su hija.

—¿Estás segura?

—Sí, la vi con mis propios ojos y también vi cuando la asesinaban.

—No es posible.

—Sí, ahí, sobre la fuente. ¿Ves lo que hay arriba?

—Sí, una estatua representando a un animal mitológico, supongo.

Es un ser infernal que durante la noche cobra vida. Es como una bestia carnicera que cae sobre su víctima y la destroza con sus garras mientras la posee sexualmente.

—Me temo que tienes fiebre

—No, lo he visto con mis propios ojos, todo ha sido un calvario. La hija del hombre del bosque estaba muerta, colocada bajo una gran losa de piedra sin pulir. Era como un dolmen, tan bajo que el padre de la muchacha no podía sacar el cuerpo de donde lo habían dejado los zombies.

—Me estás contando una historia espeluznante, si fuera escritor la aprovecharía.

—Te lo tomas a risa, ¿verdad?

—Es que resulta difícil tomarse en serio lo que me dices.

—Tendría que enfadarme pero no voy a hacerlo ya que te has tomado la molestia de buscarnos. Seguimos andando por los caminos buscando la carretera y, ¿sabes qué encontramos?

—No.

—La aldea, nos. pasamos el día andando para terminar en el mismo punto

de partida. Hemos pasado una noche horrible. Fíjate cómo estamos y hambrientas, no podemos continuar así, de modo que te lo creas o no, da lo mismo, pero bendecimos el que hayas venido a buscarnos.

—Sí, claro, pero ¿y el autocar?

—No lo sé, desapareció de la puerta, de ahí mismo donde ahora está tu coche.

—Lo mejor será que busque el autocar porque en el coche no cabéis tocias. Me extrañó que no regresarais a la villa y me dije que tenía que buscaros.

—¿Diste parte a la policía?

—Pues no, lo dejé todo en manos del médico, no creí que hiciera falta la intervención de la policía.

—Ojalá estuviera aquí la policía.

—Vamos, vamos, no es para tanto. La carretera está como a unos cinco o seis kilómetros de distancia, en dos horas caminando podremos llegar, será un paseo.

—Me gustaría creerte, Hank.

—¿Y por qué no puedes creerme?

—Tengo la impresión de que estos bosques son como un gigantesco laberinto del que no podremos salir.

Hank sonrió burlón.

—Los laberintos siempre tienen una salida, por complicados que sean.

—No estoy yo segura de que encontremos la salida del bosque.

—Eres muy pesimista. He tardado poco con mi coche en llegar hasta aquí, será lo mismo regresar a la carretera.

—Está bien, sólo deseo estar equivocada, que tú tengas la razón.

—Entonces no hablemos más. Colocad en el coche vuestros paquetes o maletas y si alguna muchacha se encuentra mal, que suba. Yo iré delante en marcha lenta y vosotras me seguís. Cuando lleguemos a la carretera, todo se resolverá con prontitud. Podéis denunciar la desaparición del autocar como supuesto robo y la policía local se encargará de buscarlo. Un autocar no se esconde tan fácilmente, creo que os estáis ahogando en un vaso de agua. Estáis en un país extranjero, en un bosque del que no sabéis ni el nombre y, por lo visto, donde hay leyendas fantásticas.

—Nadie nos ha contado ninguna leyenda, lo que sabemos ha sido por vivencias propias.

—Está bien, olvidemos los fantasmas y marchémonos de aquí.

Marsha estuvo a punto de contarle que había corrido el riesgo de caer en la trampa donde aguardaban aquellos encadenados que semejaban muertos vivientes y que habían transportado a la mujer en el carro hasta la fuente de Goswok, entregándosela a éste como ofrenda.

Prefirió callarse, tenía la impresión de que Hank no creía lo que le contaban. Las consideraba poco menos que unas tontas que se habían perdido y ahora no sabían encontrar el camino para salir de los bosques.

—Está bien, vámonos.

Las chicas podían entrar en crisis de un momento a otro, pensó Marsha. La presencia de un hombre, una especie de macho jefe de manada, les daría confianza y alegría.

Se dijo que aquél era un pensamiento antifeminista según las últimas teorías en boga, pero no dejaba de ser verdad.

Se asomó a la puerta y dando un tono alegre a su voz, gritó:

—¡Chicas, nos vamos! ¡Cargad todos los bultos en el coche de nuestro príncipe azul!

La pesadumbre y el desánimo desaparecieron como por ensalmo, salieron del viejo hostal con algarabía.

Los bultos, que no eran muchos, puesto que todo el grueso del equipaje estaba en los amplísimos maleteros del autocar desaparecido, los colocaron en el coche que dos días antes había auxiliado al chófer Thompson.

—Yo no puedo caminar, Marsha, tengo ampollas en los pies —se quejó una de las muchachas.

—Bien, pues, arriba, al coche.

—Puedes subir tú también y abriremos marcha —le propuso el joven y vigoroso Hank, pero Marsha le respondió:

—No, yo iré a pie al frente de las muchachas. No vayas aprisa, que no te perdamos de vista.

—Rodaré como si fuera en caravana.

—Chicas, ¿preparadas para abandonar la aldea?

—¡Sí! —gritaron al unísono.

—Entonces, adelante.

El auto, con las ventanillas abiertas, arrancó sin brusquedades y tras él siguieron Marsha y las jovencitas. Marsha las invitó a cantar; una larga caminata podía iniciarse bien cantando.

Pasó una hora y media.

Al paso alegre que llevaban, debían haber llegado ya a la carretera; sin embargo, continuaban en la espesura del bosque después de haber cruzado varios caminos que se parecían entre sí.

Hank estaba convencido de que seguía la misma ruta que tomara para llegar a la extraña aldea donde no parecía habitar nadie pese a qué habían visto a una mujer que tenía más aspecto de muerta que de viva.

Cuando se alejaba un poco del grupo, Hank se detenía. Dejaba que Marsha y las muchachas se le acercaran y luego, reanudaba la marcha. Esto sucedía cada vez de forma más continuada, pues el cansancio de las muchachas pesaba cada vez más.

—¡Hank, Hank!

El coche se detuvo y Marsha notando la fatiga en sus pies y el hambre en su estómago, exponente de lo que sucedía con el resto de las muchachas, se acercó al automóvil.

—¿Estás seguro de que llevas el buen camino hacia la carretera?

—La verdad, sí, creo que es el mismo que he hecho a la inversa, aunque

ahora pienso que todos estos caminos entre los árboles se parecen mucho; sin embargo, me he fijado en las huellas de neumáticos y creo que no me he equivocado.

—Pues yo diría que llevamos cinco o seis kilómetros caminando, las chicas están exhaustas.

Miró hacia las jovencitas que se habían sentado al borde del camino. Ya no cantaban, ya no decían nada, no tenían humor ni para cuchichear entre ellas.

Hank miró el cuenta kilómetros del salpicadero y asintió.

—Desde la aldea hasta aquí hemos recorrido casi ocho kilómetros.

—Tú has dicho cinco o seis.

—Quizá me he quedado corto; de todos modos, no debe faltar mucho, un kilómetro como máximo. Si alguna se encuentra mal, que suba al auto. Descansaremos cinco o diez minutos, lo que a ti te parezca, y reanudaremos la marcha. Pronto estaremos en la carretera.

—¡Marsha!

—¿Sí, Goldie?

—Tengo hambre.

—Comida para casi medio centenar de muchachas no es fácil de encontrar —opinó Hank.

—Pues habrá que encontrarla. Son jóvenes, están llenas de vitalidad y no es fácil que se acostumbren a largas marchas con ayuno forzado.

—Pareces hacerme responsable a mí de esta situación—comentó Hank, un tanto irónico.

Marsha vaciló, permaneció unos instantes en silencio y al final admitió:

—Tienes razón, la responsable soy yo, pero necesito ayuda y no creo que tú vayas a negármela.

—Naturalmente que no, ¿por qué crees que estoy aquí?

El automóvil runruneó de nuevo y Marsha hizo unos movimientos de brazos que fueron suficientes para que las agotadas muchachas reanudaran la marcha.

Aquellas vacaciones fin de curso se estaban convirtiendo en un infierno para ellas a pesar de que Marsha no les había contado nada de lo que presenciara, la alucinante ofrenda y muerte de una joven al monstruo del monolito, a aquel ser infernal que de día era de piedra y por la noche cobraba vida y parecía sediento de sangre, rezumando lascivia y transpirando maldad.

El kilómetro transcurrió sin que la carretera apareciese. De pronto, Hank tocó el claxon. Marsha hizo un esfuerzo para acercársele, pues se sentía tan fatigada como las demás jovencitas.

—Mira, Marsha, ahí hay una casa.

—Sí, ya la conocemos,

—¿De veras?

—Es la casa del hombre que nos dio de comer.

—En ese caso, aunque no hayamos encontrado la carretera, hemos tenido suerte; podremos descansar y alimentarnos.

—¡Yo quiero la carretera, yo quiero la carretera! —insistió Marsha dejándose llevar por los nervios.

—Tranquila, tranquila —la apaciguó Hank—. No está bien que des un espectáculo delante de las chicas.

Marsha se apoyó sobre el capó del auto y respiró hondo. Permaneció así unos segundos, sacudió la cabeza apartando el cabello que pudiera molestarla y al fin dijo:

—Comer ahora es lo más importante.

—Anda, sube al coche.

—No. Mientras haya una chica caminando, yo caminaré.

—Bien. Dejaré el coche aquí, no es necesario subirlo hasta la casa. Los caminos son pésimos, no sé cómo van a llegar las suspensiones al final de esta excursión campestre. Por lo menos, dejaremos descansar al motor que está algo caliente.

Subieron hacia la casa y Marsha llamó a gritos al hombre que no hablaba su idioma. Mas éste no apareció por parte alguna.

—¿Qué te parece si tomamos comida y le dejamos unos billetes como compensación?

Hank asintió.

—Me parece justo.

Encontraron harina pero no pan ya cocido y casi dos docenas de corderos en un establo, dos bueyes y una vaca.

—Creo que si hay que comer, habrá que convertirse en matarife.

—No, eso no.

—Entonces, no hay comida.

Marsha puso cara de disgusto primero y de duda después. Al fin, preguntó:

—¿Serías capaz de matar y desollar tú a un borrego?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo me dejaría morir antes que asesinar a un borrego para comérmelo, jamás he matado a un animal a sangre fría.

—Es que no se trata de que te alimentes tú exclusivamente, sino de que coman las muchachas que están hambrientas, es por ellas. Mientras tú lo troceas, nosotras trataremos de amasar y cocer pan. No es seguro que salga muy comestible, pero mientras sirva para alimentarse.

—Es lo que menos imaginaba —bufó Hank —; tener que convertirme en matarife de borregos por tratar de ayudar a unas extranjeras perdidas. ¿No sería mejor encontrar la carretera?

—Si te atreves a intentarlo, aunque me temo que tú también te has perdido.

El joven suspiró y al fin admitió:

—Creo que tienes razón. Según el cuenta kilómetros, tenía que haberla encontrado ya. Oye, ¿y cómo se mata a un borrego?

—No lo sé. Imagina que te has convertido en un asesino y actúa. Yo no quiero verlo ni creo que sea bueno que las muchachas lo vean.

—Está bien. ¿Será suficiente un borrego?

—Supongo que sí. Las chicas prepararán el fuego y traerán leña, de modo que nada más lo tengas troceado comenzaremos a asarlo.

—Está bien —suspiró el hombre —. Buscaré por la casa algo que me sirva. ¿Dónde diablos estará el propietario de esta casa?

El solitario que vivía en aquella casa del bosque y que parecía alimentarse de los animales que cuidaba, no apareció por parte alguna.

Marsha se encargó de distribuir el trabajo. Formó equipos y trató de dar a la situación un aire de juego, casi de competición. Las chicas buscaron leña mientras un grupo se dedicaba a preparar la harina y amasar pan. Marsha estaba segura de que no sería muy bueno, pero confiaba en que bastaría para alimentarse.

El fuego funcionó perfectamente y ella misma se sorprendió al ver cómo el volumen de los panes aumentaba.

Para las muchachas fue una alegría comprobar que el pan les quedaba bien cuando apareció Hank en camiseta, portando un cesto de mimbre del que caían algunas gotas de sangre.

—Aquí está la carne para asar.

Marsha lo miró con admiración.

—Vaya, ni te has manchado.

—Sí, sí me he manchado, lo que sucede es que me he lavado. El pozo tiene un agua fresca que parece buena.

—¿Cómo lo has matado? —preguntó Anjanette, preocupada,,

—Pues, he pensado que un cuchillo era un poco sádico y he preferido utilizar un garrote contundente.

—¿Lo has matado a palos? —se asombró Marsha.

—Hay dos borregos troceados y no ha sido a palos como dices, sino de un garrotazo seco en la cabeza de cada uno. Menos mal que tengo fuerza, no habría soportado tener que golpear dos veces; pero, no hablemos más de mis condiciones de verdugo, hay que asar esta carne que tiene muy buen aspecto. Yo ya he cumplido con mi trabajo y lo cierto es que tengo hambre. Además, huele muy bien a pan recién cocido.

El fuego en la gran chimenea hogar disminuyó en llamas, pero las brasas estaban en su punto y no tardó en oler a cordero asado.

El largo descanso y la comida recuperaron a las muchachas.

Hank, entre risas por parte de las chicas, se atrevió a ordeñar la vaca y a medida que llenaba el cubo, iba mejorando el sistema hasta que consiguió leche suficiente para que todas bebieran tras hervirla previamente.

—Se ha hecho muy tarde —observó Marsha tras mirar su reloj de pulsera.

—Bueno, lo importante era comer y descansar, la carretera ya la encontraremos,

—No quisiera que la noche volviera a sorprendernos.

—Verás cómo no.

—También decías que encontraríamos pronto la carretera y hemos venido

a parar a un lugar por donde ya pasamos ayer sin conseguir hallar la salida del bosque.

—Espero que no vuelva a suceder lo mismo. Ahora, ¿por qué no me enseñas esa especie de dolmen que actúa como sepulcro?

—Sí, pero será mejor que las muchachas no vengan.

—De acuerdo.

Marsha pidió a las chicas que permanecieran donde estaban descansando, muchas de ellas tumbadas sobre la hierba, y condujo a Hank hacia la encrucijada de caminos donde viera la gran piedra plana ocultando el cadáver de la infortunada mujer asesinada en la fuente de la plaza de la aldea por el alucinante monstruo que durante el día permanecía sobre el monolito y que por la noche se convertía en una bestia maligna.

—¡Hank!

Marsha tuvo que cogerse al brazo del hombre para no caer ante la fuerte y desagradable sorpresa que acababa de recibir.

Tenían a la vista la encrucijada donde estaba la gran piedra plana convertida en losa funeraria. Justo en uno de los lados de la encrucijada, había un árbol de grueso tronco y fuertes ramas. De una de ellas colgaba una cuerda y de ésta, un cadáver humano, un hombre completamente quieto.

No se movía lo más mínimo pendularmente, debía hacer muchas horas que se había ahorcado.

Dos cuervos aletearon de pronto, alejándose del árbol y dando unos graznidos. Sus figuras de negro azulado se perdieron entre el follaje del bosque y Hank estrechó a Marsha contra sí, pidiéndole:

—No mires

—¡Le han comido los ojos!

—No pienses en ello.

—¡Hank, Hank, qué horrible! —sollozó.

—Sí, muy horrible. ¿Es el hombre de la casa?

—Sí.

—Será mejor que no digamos nada de esto a las muchachas.

—¿Se va a quedar aquí?

—Sí, nada podemos hacer por él. Comunicaremos el hecho a la policía y que sea el juez quien dé la orden de descolgar el cadáver.

—¿Se habrá suicidado?

—No lo sé, es posible. Aguarda aquí, no mires.

Dejó a Marsha de espaldas y se acercó a la losa. Allí descubrió el cadáver de la muchacha. El rostro, intacto, no parecía entrar en fase de descomposición.

Sus ojos estaban abiertos y vidriosos y Hank tuvo la impresión de que aquellos ojos muertos le estaban mirando, no pudo evitar dar un paso hacia atrás.

Regresó junto a Marsha, pasándole el brazo por la cintura

—Es mejor no contarle a las chicas lo ocurrido aquí.

—Tienes razón.

Algo, más maligno que el aleteo de los cuervos carroñeros, volaba sobre aquel bosque laberíntico del que parecía que no iban a poder escapar, un bosque en el que un hombre se había ahorcado junto al cadáver de su hija que tenía muy poco de normal, un cadáver que¡ paradójicamente, tenía algo de animación, una animación infrahumana

De pronto, aunque lejano, se escuchó el ruido de un motor.

—¡Un coche! —exclamó Marsha.

—Es «mi» coche —puntualizó Hank, creyendo reconocer el rumor.

Corrieron colina arriba, saliendo de entre los árboles hasta que descubrieron la casa y a las muchachas en pie, todas ellas en silencio y desconcertadas.

El automóvil azul de Hank había desaparecido.

—Hank, Hank, esto se está poniendo peor—gimió Marsha, sintiendo que el peso de la desesperación la aplastaba.

En su cráneo comenzó a golpetear un nombre que, como una bola de acero, iba de un lado a otro de su cabeza, sin poder expulsarla.

—Goswok, Goswok, Goswok...

CAPITULO V

Las muchachas estaban confundidas, aturdidas. Todas habían comido en exceso para sobrealimentarse tras el ayuno forzado.

Al sacrificar, desollar y trocear dos corderos, Hank había preparado más carne de la realmente necesaria.

—; De qué broma se trata? —preguntó Hank en voz alta. Su rostro se había oscurecido un tanto mientras sus ojos abarcaban a todas las muchachas.

—No es ninguna broma —respondió Anjanette—. Se lo ha llevado un hombre.

—¿Qué hombre? —preguntó Marsha.

La rubita Goldie se adelantó para decir:

—No le hemos visto bien, nos ha cogido por sorpresa. Creíamos que era el propio Hank que se había metido dentro del coche, pero yo juraría que era el mismo que se llevó el autocar.

Hank miró a Marsha, interrogante, y ésta explicó:

—Se trata del individuo que llegó en una bicicleta y nos dijo que venía a ayudarnos. Demostró saber conducir el autocar perfectamente, pero en vez de llevarnos a la villa de la que tú hablas, nos condujo a la aldea muerta y luego el autocar desapareció.

—¿Y ese sujeto se ha llevado mi coche?

Esta vez respondió Goldie con el asentimiento de otras muchachas.

—Yo juraría que era él, aunque el coche estaba lejos. Miramos hacia él cuando oímos el motor.

Marsha añadió:

—Es un hombre que tiene la cara muy rara, dice que fue un accidente, creo que ya te lo conté.

—Sí. Voy a ver si le alcanzo.

—Si te vas solo por el bosque, puedes perderte.

—Siguiendo el camino y las rodadas, no creo que pueda perderme.

—Nosotras seguimos las rodadas y nos perdimos. Creo que ese sujeto es muy astuto y recorre todos los caminos con el autocar. Ahora hará lo mismo con el coche para dejar marcas en todas partes y que no encuentres la salida.

—De todos modos, iré a buscarle, también es posible que encuentre la carretera. Esta broma está durando demasiado.

—No es ninguna broma, Hank. El chófer por poco se muere, el autocar ha desaparecido, nosotras no hemos conseguido escapar de este bosque maldito y lo que hace poco has visto no deja lugar a dudas de que no se trata precisamente de ninguna broma.

—Tienes razón pero yo voy a buscar mi coche. Tengo que encontrarlo y encontrar también la salida de este laberinto y la verdad de lo que está ocurriendo aquí.

—¿Quieres que te acompañemos?

—No, no es necesario, solo correré más aprisa.

—Entonces, te esperaremos aquí. Es mejor esto que la aldea, porque tengo la maldita impresión de que siguiendo los caminos terminaremos de nuevo en la plaza de la aldea.

Hank no quiso esperar más. Buscó las rodadas del coche y las siguió, alejándose de las mujeres que lo vieron partir no sin palpar una sensación de desamparo.

Marsha volvió a sentir miedo de que sus fuerzas la abandonaran. La presencia de Hank le había hecho concebir la ilusión de que podía apoyarse un poco en él en aquellos momentos de confusión y dificultad; ahora lo veía alejarse y temía no volver a verle jamás.

En aquél paraje recóndito y de espeso boscaje en el centro-este de Europa, ocurrían sucesos que no eran simples bromas.

La muerte pisaba fuerte y cuarenta y cuatro muchachas con cuerpo de mujer podían ser las siguientes victimas de unas fuerzas malignas que Marsha no acertaba a comprender.

Le producía mareos sólo tratar de buscar una explicación razonable a lo que viera en la aldea muerta.

Hank corrió por los caminos y, al hacerlo, le parecía imposible que el automóvil pudiera pasar por ellos sin partirse el cárter, las suspensiones o simplemente abollar todos los bajos del vehículo. Era una locura conducir un coche que no fuera un «todo terreno» por aquellos lugares.

Corría como si pudiera llegar a alcanzar el coche que le había sido robado minutos antes. Se decía que la velocidad que el auto podía alcanzar por semejantes caminos no podía ser muy grande.

Hank había practicado diversos deportes y se hallaba en pleno vigor. Sabía que podía aguantar mucho corriendo; sin embargo, todo tenía un límite y comenzó a desfondarse. La abundante comida ingerida pesaba en su estómago y tuvo que detenerse para regularizar su respiración.

Cuando lo hubo conseguido, escuchó con atención y no oyó ningún ruido de motor de coche, ni próximo ni lejano, lo que indicaba también que se hallaba lejos de la carretera.

Tenía la frente empapada de sudor. Miró la tierra y vio claramente huellas de neumáticos. Estaba seguro de que eran las ruedas de su coche, aunque podía equivocarse ya que, como era lógico, los neumáticos eran fabricados en serie y otros muchos automóviles los llevarían iguales.

Un tanto desmoralizado, reanudó la marcha.

Al llegar a una encrucijada de caminos, los observó con atención y ante su perplejidad, comprobó que en todos ellos había huellas de neumáticos.

Las rodadas estaban claramente marcadas, de tal modo que comprendió que no le servía de mucho seguir una dirección u otra. Tenía que dejarse llevar por su instinto y así lo hizo, echando a andar con paso decidido.

Los pies comenzaron a pesarle y buscó un lugar donde sentarse y descansar un poco.

Meditó sobre su situación y tuvo que reconocer que se había perdido, que ya no sabía ni dónde estaba la casa en que se habían refugiado Marsha y las muchachas.

Su única orientación era aquel sendero marcado por las huellas de los neumáticos y se dijo que aun tratando de deshacer el camino andado, tendría la sensación de que se había perdido.

Miró la hora. La tarde avanzaba y en el bosque, la noche llegaba antes debido al denso follaje de los árboles y a las elevadas montañas que lo encerraban.

—Encontraré el coche —se dijo con rabia, aunque temía encontrarlo en el cauce hondo v rocoso de alguna torrentera. Si sucedía tal cosa, podía darlo por perdido.

Se sorprendió al comprobar que hacía casi cinco horas que se separara de Marsha y sus pupilas. Tenía que admitir su fracaso, el ladrón se había salido con la suya.

Furioso consigo mismo, abandonó el descanso y anduvo de regreso. Sabía ya que iba a llegar muy tarde a la casa y que Marsha y las muchachas sufrirían pensando que le había ocurrido algo desagradable, por lo que aceleró el paso sin llegar a correr.

Vio lugares claros del bosque, incluso árboles que reconoció por haberlos visto antes.

Buscó sus propias huellas, mas la tarde avanzaba y la luz disminuía en torno suyo. Hank no era un hombre miedoso, le importaba poco verse solo en el bosque y durante la noche, pero le molestaba no llevar consigo ni una linterna y de nada iba a servirle encender el mechero.

Esperó que cuando saliera la luna le ayudara, aunque fuera con su pálida luz.

En aquel bosque podía haber zorros, algún pequeño oso, también lobos y perros cimarrones que, en jauría, podían resultar muy peligrosos; sin embargo, no era la posible aparición de alguno de estos animales lo que impulsaba a Hank a caminar rápido, sino el deseo de hallar cuanto antes a Marsha y a las muchachas a su cargo.

Seguir el camino con huellas en la oscuridad resultaba un trabajo muy dificultoso. Hank escuchó un aullido de lobo, muy lejano. El bosque le parecía inmenso y no era raro que hubiera algún que otro lobo.

Cuando descubrió las primeras casas, comenzó a inquietarse. Sólo buscaba una y se hallaba sobre una pequeña colina arbolada.

—La aldea —se dijo, entre dientes.

Había caído en la misma trampa que Marsha y sus pupilas. Una débil claridad iluminaba la plaza, era el reflejo lunar.

Miró el siniestro monolito de la fuente. Allí no había nadie y en lo alto del monolito, se dibujaba el perfil siniestro de la figura demonológica que alguien debía haber colocado allí como para someter a la aldea a una eterna maldición,

Sabía ya que en aquella aldea muerta, sin habitantes, no hallaría comida; no obstante, Marsha le había hablado de gentes que durante el día desaparecían para reaparecer en la noche como seres siniestros.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó a voz en grito, girando sobre sus pies para que sus palabras llegaran a todas partes.

El silencio fue la respuesta. Era un silencio denso, desagradable, tenía mucho de amenaza y de desafío.

Se dirigió al viejo hostal que resultaba difícil averiguar desde cuándo estaba abandonado.

La puerta, erosionada por el tiempo y con marcas de extraños zarpazos, cedió con sólo empujarla. El interior del hostal estaba a oscuras, mas no tardó en aparecer una luz que emanaba de un candelabro de tres velas que llevaba una mujer desconocida para Hank.

—¿Qué busca? El hostal está cerrado.

Hank se quedó mirando a aquella mujer que sostenía el candelabro en la diestra y que no había terminado de bajar la escalera.

—¿Quién es usted?

—No importa quién soy yo, márchese.

—¿Ahora?

—Sí.

—Es de noche, no conozco el camino. Me han robado el coche.

—Márchese —insistió la mujer. Tenía una voz apagada, sin fuerzas, y unos ojos que podían tildarse de vidriosos.

—¿Adónde voy a ir ahora? Tendré que esperar a que se haga de día. Quiero comer y dormir, a menos que alguien me guíe por el bosque.

—Un momento, iré a consultar —dijo ella, dando la vuelta.

—¿Consultar, a quién? —interrogó Hank.

La mujer no respondió, le dejó a oscuras y desapareció en lo alto.

Junto a la puerta, Hank no supo qué hacer en aquellos instantes, jamás se había sentido tan confundido. Miró de nuevo hacia el monolito de la fuente y tuvo la impresión de que la escultura demoníaca tenía unos ojos vivos y no pétreos, muertos.

Trataba de verlos mejor pese a la distancia y la escasa luz, cuando reapareció la desconocida del candelabro que en esta ocasión no bajó los peldaños, sino que se quedó en el descansillo superior.

—Puede subir.

Hank no dudó en trepar por la escalera. Al llegar a su altura, sé la quedó mirando.

—¿Ve usted bien?

—Sí —respondió la desconocida, con un torio de voz siempre tenue, apagado. Le tendió el candelabro, pidiéndole—: Llévelo.

Hank tomó el candelabro que le ofrecían y antes de que pudiera decir nada, la extraña mujer echó a andar, precediéndole.

El corredor era oscuro y amplio. Las sombras se desgarraban gracias a las

vacilantes llamas de las velas.

Un fuerte olor a hierbas le penetró por la nariz. Quiso preguntar de qué se trataba, casi le lagrimeaban los ojos. Era como si estuvieran quemando hierbas en un pequeño fuego o incensario, lo que ignoraba era qué tipo de plantas despedían aquel extraño olor.

La mujer abrió una puerta y le pidió;

—Pase.

Hank la miró y luego avanzó.

La visión no era clara. En la estancia había una mujer que vestía un largo camisón que le llegaba a los pies, unos pies desnudos que asomaban por debajo de la ropa.

Hank no sabía si delante de la mujer, en medio de la habitación, había niebla o eran sus ojos que veían turbio, irritados por el penetrante olor que le molestara.

Se acercó más a ella con las velas por delante para ver mejor y exclamó, incrédulo:

—¡Marsha!

—Hank.

—Marsha, ¿cómo tú aquí?

—Sabía que terminarías por llegar a la aldea.

—¿Lo sabías?

—Sí, por eso he dejado a las chicas en la casa del bosque.

—¿Solas?

—Con las puertas bien cerradas, están seguras. Quería encontrarte a solas, Hank.

—¿Tan segura estabas de que iba a venir?

—Sí.

Le tomó el candelabro de las manos y lo depositó sobre el mármol de una cómoda llena de polvo. Sopló sobre dos de las tres velas, dejando sólo una de ellas encendida.

—Así estaremos mejor. ¿No te parece, Hank?

La luz de una sola vela pareció a Hank insuficiente para ver bien. La cera olía de una forma muy rara e irritante para los ojos y las mucosas nasales y bucales. Semejaba una cera impura a la que hubieran añadido polvos o cenizas de una mezcla de vegetales y minerales.

La llama, que no era limpia ni alta, en ocasiones chisporroteaba ligeramente. Hank veía borroso, era como si viviera un sueño en vez de una situación real; sin embargo, no podía detenerse a pensar en cada uno de los detalles que configuraban la situación que vivía porque Marsha, la hermosa Marsha, estaba apoderándose de todos sus sentidos.

La joven maestra se le acercó y apoyó su cuerpo contra el de él haciéndole notar sus senos fuertes y redondos. Apoyó su mejilla contra la del hombre y pidió:

—Estréchame, Hank.

Hank olvidó su instintivo deseo de frotarse los ojos irritados que le escocían y lagrimeaban ligeramente dentro de aquel ambiente enrarecido por los humillos producidos por extraños polvos que se quemaban.

—Marsha, no es posible que hayas llegado aquí antes que yo.

—Estaba segura de que vendrías a la aldea y mientras tú te alejabas, yo, sin prisas, venía para esperarte.

—¿Por qué, por qué? —preguntó Hank, sin poder evitar rozar su mejilla contra la de la mujer, buscando su boca despacio para besarla mientras la puerta de la alcoba se cerraba, aislándolos del exterior.

—Soy una realidad, Hank, estréchame, acaríciame. Me he sentido atraída por ti nada más conocerte. He deseado tus caricias, tus besos, he deseado que me estrecharas entre tus brazos poderosos de hombre vigoroso. He deseado —se le enronqueció la voz —que me poseas, quiero vibrar y gemir unida a ti, sin poder escapar, y sé que tú deseas lo mismo que yo. Te has fijado en mí y me deseas. Como hombre que eres, deseas a todas las muchachas del grupo, todas se han fijado en ti y tú las poseerías a todas si no fueras un hombre civilizado, si estuviéramos en tiempos donde el macho era el jefe de una manada de hembras que te darían placer y muchos hijos...

Hank notó el calor del cuerpo de Marsha en sus manos y lo palpó despacio, con suavidad. Notó los estremecimientos del cuerpo femenino.

—Espera —pidió la mujer con una voz casi inaudible, hecha de suspiros.

Hank se detuvo. Ella dio un paso hacia atrás y deshizo el lazo de la larga camisa de dormir. Ensanchó su escote abriéndolo hasta hacer saltar sus senos hacia delante. Hizo que la ropa se deslizara en torno a su cuerpo que quedó desnudo frente a los ojos del hombre, al alcance de sus manos que ella tomó para colocarlas alrededor de sus pechos mientras pedía con voz cálida:

—Oprímelos, Hank. Soy tuya, tuya, tuya.

La atracción, el deseo, la sensualidad que lo envolvía, era tan grande, que no prestó atención a que su visión era borrosa y las mucosas, le escocían.

El paladar se le secaba mientras del suelo emanaba como un fuerte magnetismo que le impulsaba a moverse, impidiéndole permanecer quieto.

Atrajo hacia sí a Marsha, la estrechó y la cama gimió bajo el peso de ambos.

En la plaza de la aldea, sobre el monolito de granito negro, la diabólica figura que era más una bestia mítica que la representación de un ser humano o un animal vulgar, abrió sus ojos, unos ojos grandes verde amarillentos que semejaron hacerse aún más grandes, destacando en medio de la oscuridad que le envolvía.

Se centraron en el hostal y aquel ser infernal semejó desperezarse en lo alto del monolito, como si su cuerpo fuera el de un gran gato.

Después, saltó sobre la superficie octogonal que daba base al monolito y de allí, al suelo. Corriendo sobre sus cuatro patas, silenciosa pero rápidamente, se dirigió hacia el bosque alejándose de la aldea.

CAPITULO VI

Cuando la noche cerraba su manto negro, Marsha tenía ya los ojos cansados de tanto escrutar en todas direcciones, esperando el regreso de Hank; mas éste no Herraba, no había dado señales de vida.

—Todas adentro —ordenó—, y cerrad bien puertas y ventanas.

No sólo cerraron puertas y ventanas sino que las atrancaron cori troncos y tablas. Marsha había tratado de evitar que el miedo se apoderase de las muchachas, pero había sido imposible conseguirlo.

Tener un techo, unas paredes sólidas y unas puertas y ventanas bien cerradas, infundieron cierta tranquilidad al grupo de jóvenes. Tampoco les faltaba leña para la chimenea-hogar, carne de cordero, pan y agua; era más de lo que habían tenido en la aldea muerta.

—Escuchadme bien, nadie es culpable de la situación que estamos sufriendo y de la que saldremos muy pronto.

—¿Cuándo? —preguntó Agatha.

—Espero que mañana mismo. Este bosque es como un laberinto en el que nos hemos perdido.

Anjanette, muy preocupada, inquirió:

—¿Tiene el diablo la culpa de que nos hayamos perdido?

La sola mención de la palabra «diablo» hizo estremecer a las jovencitas.

—Sabéis que el diablo trata de ser como Dios y quiere estar en todas partes. Dios es el bien, el diablo el mal. Yo no podría jurar que es el diablo quien nos acosa y tampoco lo contrario. Os hablo así porque ya sois mujercitas y podéis comprender y actuar con sensatez. Este país que estamos visitando nos ha acogido bien; el que un ser desconocido nos haya engañado, hurtado el autocar y traído a este bosque maldito del que es tan difícil salir, no significa que debamos culpar a todas las gentes de esta nación. El mal está aquí, en Londres y en cualquier parte adonde vayáis. Unidas, saldremos adelante. La que se separe del grupo correrá un riesgo imprevisible. Hasta ahora, sólo hemos pasado miedo y cansancio, pero nada ha sucedido a ninguna de nosotras. Sigamos juntas y todo seguirá igual.

—¿Y Hank? —preguntó Goldie.

—Buscando su coche y la carretera. El es un hombre fuerte y volverá para ayudarnos, ya lo veréis. La noche se nos ha echado encima y posiblemente en la oscuridad tenga que buscar algún refugio hasta que de nuevo se haga de día. Ahora, que cada cual se prepare un rincón para dormir.

—¿Aquí? —preguntó Katherine.

—Sí. Sé que el suelo será duro, pero será mejor que no nos separemos. Estoy sola para vigilaros a todas.

Encendieron el fuego y cenaron.

Marsha las hizo cantar un poco. Le hubiera gustado más hacerlas escribir cartas o postales a sus respectivas familias, cartas y postales que introducirían

en el primer buzón de correos que encontraran, pero sus equipajes habían desaparecido junto con el autocar y los bolsos de mano, con el coche de Hank, de modo que sólo llevaban lo puesto.

El ambiente fue languideciendo y pese a la dureza del suelo, comenzaron a escucharse las respiraciones profundas de las muchachas que estaban agotadas.

Marsha se acercó casi con amor, con afecto de hermana, a las muchachas que contenían algunos sollozos porque tenían miedo y no se atrevían a gritarlo a voces.

—Tranquilízate, pronto reanudaremos viaje. Veremos ciudades hermosas, monumentos antiguos y luego regresaremos a casa, a nuestro Londres. Recordaremos todo esto casi como una diversión más. Un viaje de vacaciones sin incidentes no tiene interés.

—Marsha, no nos pasará nada, ¿verdad?

—¿Qué nos va a pasar? Anda, duerme.

Fue tranquilizando a las que veía sollozar en silencio, por vergüenza a hacerlo ante sus compañeras, pero a la joven maestra nadie la consolaba.

Marsha se colocó contra la pared, cerca de la puerta, un lugar desde el que podía vigilar a todas las chicas.

Dos velas largas brindaban su luz y la chimenea estaba bien encendida, con gruesos troncos que ardían sin prisa, pausadamente.

Marsha, más que acostarse, se recostó contra la pared. Tornó Biblia y quiso leer un poco, pero no había luz suficiente y cerró el libro que quedó en su regazo.

Echó la cabeza hacia atrás. Notó la dureza de la pared, mas no le importó.

Cerró los párpados y experimentó un profundo cansancio. Se preguntó a sí misma cuánto más iba a durar.

Marsha pensó en todo lo que le estaba ocurriendo y a lo que no encontraba explicación racional. ¿Cómo iba a explicárselo a las muchachas si ella misma no lo comprendía?

Con los párpados semicerrados, clavó sus pupilas en la chimenea que estaba lejos, al otro lado de la estancia, con más de una docena de jóvenes tumbadas en el suelo, entre el fuego y Marsha. Algunas dormían, otras lo intentaban.

Marsha se sentía atraída por la visión de las llamas y debido al cansancio, quedó un tanto traspuesta. Ni siquiera llegó a preguntarse si estaba dormida o despierta, pero vio en el fuego dos ojos grandes, dos ojos casi felinos que se mantenían como suspendidos en el aire, entre las llamas, dos ojos que la contemplaban a ella y también a las cuarenta y cuatro jovencitas.

—Goswok, te odio, te odio —musitó mientras oprimía entre sus manos la Biblia que tenía sobre el regazo.

Escuchó un ruido que no era de respiración profunda ni de movimientos de cuerpos cambiando de posición en el sueño. Era un ruido que venía de fuera de la casa.

Parpadeó como para mejorar su visión y al mirar a la chimenea hogar, no vio los ojos que creyera ver antes, unos ojos grandes y malignos.

Pensó en el perro de la casa que había desaparecido, aquel perro que les ladrara la primera vez que llegaron a la casa en que se hallaban y que después ya no habían vuelto a ver. Podía ser que regresara ahora, incluso sin saber que su amo se había ahorcado junto a! cadáver de su hija.

Como que el ruido estaba junto a la puerta, se levantó con cuidado y se acercó a ella. Pegó el oído a la madera y escuchó una respiración profunda. Contuvo la suya propia para asegurarse de que era una respiración ajena.

Se le había caído la Biblia sin que ella lo notara cuando una voz masculina, mezclada con una respiración fuerte, la interpeló:

—Marsha, Marsha abre, abre la puerta.

Quedó en suspenso, con la oreja pegada a la madera, sin respirar, con un ligero temblor en sus manos.

—¿Quién, quién es?

—Soy Hank, Marsha, abre, estoy cansado, muy cansado.

—¿Hank?

—Sí, Hank, abre.

Marsha abrió la puerta rápidamente para dejar paso a Hank. Cuando apenas había abierto un palmo, una mano se introdujo entre las dos hojas de gruesa madera y fue directa al cuello de Marsha, atrapándola, aferrándose de tal forma que la asfixió. Quiso gritar y no lo consiguió mientras los ojos se le desorbitaban de pánico y dolor.

Aquella mano poderosa, maligna, estiró con tanta fuerza que sacó a Marsha de la casa mientras se ahogaba.

Marsha vio entonces a Ja mujer que fuera sacrificada en la fuente de la aldea. Su rostro era pálido, sus ojos vidriosos y su cuerpo ensangrentado, pero estaba viva y también estaba allí el hombre del bosque.

Se hallaba en pie y la miraba con sus cuencas vacías, lo cual la horrorizaba. Era él, precisamente él, quien la estaba estrangulando.

Cerca había otros seres espectrales con las ropas hechas jirones, seres que llevaban grilletes en sus muñecas y de los que pendían cadenas.

Las manos del ahorcado seguían sujetando el cuello de Marsha mientras lo oprimían. Marsha le arañaba, sin hacer mella en aquel ser que estaba segura era ya un cadáver.

Poco a poco, fue perdiendo el sentido hasta que todo desapareció y cayó en una insondable profundidad que Marsha creyó era la muerte.

Se vio en una cama que gruñía, una cama polvorienta y unos brazos masculinos que estrechaban su desnudez.

—No —suspiró—, no.

—Marsha, te amo, te amo.

—Hank, Hank...

Marsha se aferró al hombre casi con desesperación y no hurtó su cuerpo a las ansias de amor de Hank. No sabía cómo estaba con Hank ni sí realmente

estaba con él, si aquello era sueño o realidad.

Se sintió sacudida con brusquedad y la cabeza le dolió tan profundamente como si se la hubieran colocado bajo las ruedas de un camión que avanzara tan lentamente que lo hacía centímetro a centímetro.

Sacudió la cabeza y se incorporó sobre sí misma. Sus ojos se llenaron de luz, una luz que le dolió en las retinas y una oleada de calor que la aterrorizó.

Frente a ella, la casa del bosque ardía en la noche, toda ella estaba envuelta en llamas. Se horrorizó ante aquel espectáculo mientras se veía dentro del viejo carro de un solo mástil de tiro.

Detrás del carro estaban las muchachas que se suponía debían estar divirtiéndose en aquel viaje de fin de curso en su graduación escolar.

Lloraban, gritaban aterrorizadas y todas ellas estaban encadenadas con grilletes que les impedían escapar corriendo hacia el bosque.

—¿Qué es esto? —gritó Marsha.

Al tratar de ponerse en pie, unas cadenas que la sujetaban a la plataforma del carro se lo impidieron. Lo máximo que consiguió fue ponerse de rodillas mientras aquellos zombies, esclavos de Goswok, se ponían en marcha, tirando del carro, que comenzó a gruñir.

Detrás del carro, las chicas se vieron obligadas a caminar, pues las cadenas también estaban unidas al carro del que no podían escapar.

Marsha no alcanzaba a comprender que en el tiempo que vivían pudiera ocurrir un suceso como el que estaban sufriendo ella y las muchachas. Tenía que ser una pesadilla...

Perdidas en un bosque desconocido de un país extranjero, la casa ardiendo, encadenadas y como transportadas a otro tiempo, a otra dimensión por aquellos muertos que vivían.

Estaba a punto de enloquecer y gritó, gritó hasta que la voz le falló; sin embargo, no llegó a oírse a sí misma mientras las cadenas tintineaban entre los llantos de las jóvenes que se veían obligadas a avanzar detrás del carro.

CAPITULO VII

Hank despertó de un sueño profundo y pesado, un sueño que le había empapado el cuerpo de un sudor salado que olía ligeramente a humanidad.

Por los resquicios de la ventana entraba luz, unos rayos que se proyectaban en la pared, casi cerca del techo. La estancia olía a cera quemada y a otras cosas de difícil descripción.

Giró su cuerpo y comprobó que no estaba solo en el lecho. El horror lo paralizó durante unos momentos.

Luego, saltó de la cama. Aquel cuerpo de mujer estaba muerto, posiblemente desde hacía años, con la piel apergaminada, pegada a los huesos. Mirarla producía náuseas. Las cuencas de los ojos estaban vacías y a la boca entreabierta no le faltaba ningún diente. Posiblemente, la muerte la había sorprendido en su juventud.

No comprendía que hubiera podido yacer junto a un cadáver casi momificado.

Recordó que había encontrado a Marsha y había gozado con ella, pero Marsha ya no estaba y en su lugar aparecía aquel repugnante cadáver.

No entendía nada, pero debía abandonar aquella estancia en seguida Recogió sus ropas y se vistió fuera de la habitación. Bajó a la gran sala del hostal, fría y hostil.

—¿Hay alguien aquí? —gritó—. ¡Marsha, Marsha!

El más absoluto silencio le respondió, allí no parecía haber nadie vivo.

Salió a la plaza y se fijó en la fuente. La figura extraña y maligna continuaba quieta en lo alto del monolito, pétrea, sin vida aparente. El sol le daba de lleno.

Hank no entendía nada, ignoraba si estaba viviendo una pesadilla o una realidad que quedaba fuera del alcance de su razón. Tuvo deseos de echar a correr, pero al fin se controló.

—Alguien me ha gastado una broma pesada —gruñó, y miró hacia el hostal, hacia las ventanas altas que permanecían cerradas—. Pero ¿quién será ese alguien?

Se acercó a la fuente y movió el cierre del agua. No salió ni una gota por el caño, estaba seco. Tenía sed, mucha sed y deseos de lavarse.

Salió de la plaza de aquella aldea muerta tomando un camino descendente que confió le llevara a algún arroyo cuando descubrió el cementerio local. Se detuvo. Era un cementerio pequeño, adosado a una casa de piedra muy antigua. Entonces reparó que en la aldea no había ninguna iglesia.

Atraído por el cementerio, se acercó a él.

La doble verja de hierro estaba abierta y no le costó adentrarse en el recinto. Quedó sorprendido al ver que las tumbas estaban abiertas, con las lápidas retiradas de sus lugares correspondientes.

Se acercó a una de las fosas y la observó desde lo alto. En su interior

descubrió un ataúd de madera oscura. La tapa estaba limpia pero deslucida, probablemente por la acción de la luz, la lluvia, el frío y el calor. No poseía ningún símbolo religioso.

No era normal que en un cementerio abandonado los ataúdes estuvieran al descubierto, aunque cada uno de ellos se hallara dentro de sus respectivas fosas.

Pasó de una tumba a otra y en todas sucedía lo mismo, dentro yacía un ataúd cerrado.

La tierra estaba dispersa y debía hacer muchos años que la sacaran de la fosa, pues el viento y la lluvia la había dispersado y las hierbas habían crecido en cantidad, evidenciando que el vaciado de tierra de los sepulcros no era un hecho reciente.

En aquellos instantes, se olvidó de que tenía sed, de que quería lavarse, de que buscaba un lugar lleno de agua donde poder sumergir la cabeza y refrescarse, un lugar donde reafirmar su sensatez que creía perdida.

Todo había comenzado al ayudar a las muchachas inglesas en la carretera. Ahora, no tenía coche y se había perdido en el bosque.

Había amado, él creía que en sueños, a una mujer que indudablemente ejercía una fuerte atracción sensual sobre él y acababa de despertar al lado de un cadáver casi momificado. ¿Qué estaba ocurriendo en aquellos momentos allí en el cementerio? ¿Acabaría todo en una locura completa?

Si había de terminar loco, era mejor buscar la verdad y, sin dudarlo, saltó al interior de una de las tumbas. Golpeó el féretro con sus zapatos y éste produjo un ruido sordo que no le indicó nada. Se hizo a un lado y movió la tapa hasta conseguir levantarla.

Había albergado el deseo de que estuviera vacío, mas el ataúd tenía su ocupante, un rostro cadavérico, un cuerpo ya corrompido.

No quiso ver más y cerró, saliendo de la fosa. Miró a su alrededor como temiendo que de un instante a otro todos aquellos cadáveres abandonaran sus féretros.

Jamás había sido un hombre cobarde, pero allí sintió una desagradable angustia, una imperiosa necesidad de alejarse de aquel cementerio al que estaba seguro no podía llamarse camposanto.

Salió del recinto y más abajo, en aquel camino descendente, descubrió una edificación en ruinas. Tenía aspecto de haber sido un monasterio o un acuartelamiento miliciano, muy antiguo. Cualquier cosa que hubiera sido, ahora estaba en ruinas.

Junto a lo que fuera una entrada y que estaba llena de piedras había un carro pesado y antiguo con cadenas, un carro de un solo mástil de tiro para bueyes, un carro de los que ya no se utilizaban y que no llamó la atención de Hank.

Retrocedió hacia la aldea y volvió a mirar en derredor. Poniendo las manos en forma de bocina, gritó:

—¡Si hay alguien vivo, que responda!

Abandonó la aldea por el mismo camino que tomara el día anterior llevando su coche.

Aceleró el paso y se adentró en el bosque.

Caminó y caminó, se olvidó del hambre, pero en cuanto encontró un pequeño arroyo que cruzaba el sendero, se aplastó contra él y sumergió su rostro en las aguas.

Así permaneció el tiempo que pudo resistir y después, bebió aquel agua fresca y limpia como si fuera un animal.

Se reincorporó, miró al cielo y lanzó un grito que salió de lo más hondo de sus entrañas. Era un grito a todo, a la Naturaleza, a la razón, a la sinrazón, un grito con el que expulsó la angustia y el desasosiego del interior de su cuerpo.

Tras aquel grito potente y largo, un grito no preparado, instintivo, un grito como el que podían haber lanzado sus antepasados hacía muchos siglos, quizá milenios, Hank se sintió mejor y sin preocuparse de secar su rostro, reanudó la marcha.

Divisó la casa del bosque, pero, con gran sorpresa por su parte, sólo vio sus ruinas, sus piedras sucias, sus; cenizas.

—¡Marsha, Marsha! —gritó, corriendo hacia la casa quemada.

Al llegar a ella, comprobó que todavía humeaba. Las piedras quemaban, tejas rotas cubrían los escombros. Nada utilizable quedaba allí, sólo algunas paredes en pie que el tiempo y los elementos se encargarían de derribar.

Sorprendentemente, cerca de la puerta, encontró la Biblia en el suelo. Hank la recogió; conservaba el calor del fuego, pero no se había quemado.

No halló restos de Marsha ni de las muchachas, allí no estaban, y Hank no podía adivinar lo que había ocurrido.

Se apartó de los escombros de la casa, el calor que emanaba de las ruinas era aún insoportable.

Los establos se habían quemado también y los animales, yacían muertos. Algunos de los corderos se hallaban carbonizados y otros, sus cadáveres sólo quemados en parte, lo que haría que las alimañas se acercaran a aquel lugar cuando el calor del incendio se disipara.

Unos ladridos le llamaron la atención. Se volvió y descubrió un perro que le ladraba desde cierta distancia.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Te encuentras solo?

El can volvió a ladrar, pero movió la cola de un lado a otro. Su actitud dejó de ser belicosa.

Hank fue hacia el perro y éste retrocedió, conduciéndolo a la encrucijada de caminos donde se hallaba la gran losa, ahora desplazada hacia un lado de las piedras que la habían sostenido sin que tocara la tierra.

El perro dio vueltas a la gran piedra plana de formas irregulares mientras ladraba. La cuerda que pendía de una de las ramas del grueso árbol que allí estaba enraizado se hallaba rota. Los cadáveres del ahorcado y de su hija habían desaparecido y Hank no creía que se los hubieran llevado Marsha y las muchachas.

Todo estaba confuso, muy confuso.

Respiró hondo y apretó la Biblia entre sus dedos. Dio la espalda a aquel lugar y buscó el camino por el que desapareciera su coche. Anduvo por él, alejándose de las ruinas; nada quedaba allí que pudiera interesarle.

Sabía ya por propia experiencia que buscar huellas en aquel bosque no era garantía de que fuera a encontrar a quienes las habían dejado.

Hank estaba dispuesto a encontrar, costara lo que costase, algo que le diera un fruto, fuera a Marsha y a las muchachas perdidas, o la carretera, lugar desde el que podría pedir ayuda.

El perro, perdido el amo, decidió adoptar uno nuevo y siguió tras Hank con la cabeza gacha y la cola alta, ya sin ladrar, sin mirar hacia la casa quemada.

CAPITULO VIII

—Marsha, ¿qué haremos?

Marsha estaba tan aterrorizada como las muchachas, pero se daba cuenta de que éstas confiaban en ella y tenía que mostrarse fuerte.

Otra de las muchachas, temblorosa, preguntó:

—¿Qué nos harán?

Marsha, a la escasísima luz que penetraba por unos ventanucos, vio los grilletes que atenazaban sus muñecas y las cadenas que pendían de éstos, cadenas que, por suerte, en aquellos momentos no estaban unidas unas a otras.

—Nos han raptado, pero escaparemos.

—¿Cómo? —preguntó Anjanette.

—No lo sé aún, entre todas hemos de planear la fuga.

—La puerta es muy gruesa —se lamentó Goldie.

—Sí, ya lo he visto, pero encontraremos alguna salida.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Myriam.

—No lo sé.

Myriam insistió:

—Parecen muertos vivientes.

Las aletas de la nariz de Marsha vibraron, no podía dejar que el pánico se apoderase totalmente de las chicas y mintió:

—¿Muertos? No, no, se habrán puesto caretas de látex para que no podamos reconocerlos más adelante. ¿Es que no habéis visto que eso es lo que hacen en los telefilmes de la tele?

—A mí me parecían muertos, no tenían ojos —insistió Agatha, al borde del sollozo, haciendo esfuerzos por contenerse.

—Es lo que ellos pretendían, quieren producirnos miedo pero no les haremos el juego, escaparemos de aquí.

Se puso en pie y, resuelta, se dirigió hacia la puerta. Trató de abrirla, mas la puerta se hallaba como tres peldaños más alta que el nivel de aquel amplio sótano donde estaban recluidas, un sótano en el que había varias columnas pétreas de sostén.

—Habrá que buscar algo con que derribar la puerta.

Animadas por la serenidad y resolución de Marsha, todas buscaron en derredor, pero allí no había ni un mal banco, aunque sí algunas piedras que llevaron a Marsha.

Esta comenzó a golpear la puerta que no pareció sufrir lo más mínimo. Era una puerta muy antigua, de gruesos tablones, reforzada con herrajes forjados.

Para no desanimar a sus pupilas, dijo:

—Creo que va a resistir un poco.

—Podemos sujetar la puerta para que no entren —dijo Anjanette.

—Es posible que sea una solución —admitió Marsha—, pero tampoco nos podemos quedar aquí para siempre. Hemos de comer y beber, somos personas

vivas. Si no comemos ni bebemos, moriremos.

—Yo no quiero morirme —sollozó una de las muchachas.

—Vamos, vamos, hemos sido raptadas y ahora estarán pidiendo nuestro rescate. Cuando lo obtengan, nos soltarán —mintió Marsha de nuevo, pues estaba convencida de que todo lo que ocurría no tenía nada que ver con cosas naturales, con raptores que buscaran el lucro.

Ella había visto con sus propios ojos a aquella bestia demoníaca descender de su monolito.

—¡Yo quiero salir, yo quiero salir!—gritó Goldie, golpeando con sus puños contra la puerta.

La propia Marsha, con sus manos de las que colgaban cadenas, la sujetó.

—Vamos, vamos, no tienes por qué perder los nervios, no nos han hecho nada, sólo estamos recluidas aquí.

Goldie sollozó contra el pecho de Marsha.

La pequeña Kristin señaló una de las tres ventanas que les daba luz y aire y dijo:

—¿Y si saliéramos por la ventana?

Marsha la miró y al calcular que habría una altura de unos cinco metros hasta la ventana, debido a la gran altura del techo, opinó:

—Demasiado alto.

—¿Y si nos subiéramos unas encima de otras? —sugirió Kristin.

—¿Cómo saldrían las de abajo? —preguntó Anjanette.

Kristin, avispada, opinó:

—Una que estuviera muy delgada podría pasar por uno de esos ventanucos si llega hasta él subiéndose encima de las demás. Luego, saldría afuera, buscaría la puerta, la abriría y saldríamos todas.

El plan propuesto por Kristin, por lo básico, les pareció bueno. Si una de las muchachas conseguía salir, cabía la posibilidad de que les abriera la puerta y pudieran escapar todas.

—Chicas, Kristin ha tenido una idea luminosa, hay que ponerla en práctica.

Todas las muchachas tenían grilletes cerrados en torno a sus muñecas de los que pendían cortas cadenas que acababan en unas argollas amplias por las que habían introducido una cadena larga que ahora no las unía porque la habían quitado al recluirlas en el sótano, por lo que estaban sueltas, separadas entre sí, pese a que todas, incluida Marsha, llevaban las cadenas colgando de sus manos como si fueran adornos estrafalarios.

—Kristin...

La muchachita, algo más pequeña y delgada que la mayoría de sus compañeras, quedó frente a Marsha, que le puso las palmas de sus manos sobre los hombros para hablarle en confianza.

—Sí, Marsha.

—No debes arriesgarte.

—Pero hay que salir.

—Es cierto, hay que salir. Yo, por mi volumen —se miró los pechos y las caderas —no pasaría por el ventanuco.

—Yo sí.

—Es verdad. Subirás con mucho cuidado y una vez fuera, si encuentras algún peligro, escaparás corriendo.

—¿Adónde?

—A buscar la carretera, aquí nada podrías hacer.

—Me esconderé.

—Bueno, pero si ves algún tronco, tablón o viga de hierro, algo largo y duro, nos lo pasas por la ventana.

—¿ Para romper la puerta?

—Por lo menos, para intentarlo, también palos o ramas gruesas.

—¿Quieres que sea la proveedora de armas?

—Algo así, tenemos que defendernos.

—Escaparemos —dijo Kristin, pequeña pero muy bonita. Tenía cara de muñeca y una voz aniñada no exenta de sensualidad.

Goldie inquirió:

—¿Cómo la subiremos?

—Hay que preparar una especie de torre contra la pared —explicó Marsha, resuelta a llevar aquel plan adelante, ya que no podían escapar de otra forma y allí dentro, como mínimo, les aguardaba la muerte por inanición—. Colocaos cuatro con las manos apoyadas contra la pared; luego subirán tres encima y luego dos. Finalmente, una, con mucho cuidado, para que esta especie de torre humana no se desmorone. Las demás, desde abajo, formaremos un muro para apoyar a las demás y que no se caigan. Kristin subirá la última, trepando sobre sus compañeras. —Miró a la elegida y a la vez promotora de la idea—. ¿Te atreves?

—Sí, claro.

—Pues, adelante. Las más fuertes, abajo.

Marsha distribuyó a las jovencitas, poniendo a las más altas y fuertes contra la pared. Lo cierto es que había grandes diferencias de peso y estatura entre las chicas.

No le fue difícil hacer la selección por pesos y estaturas para no cargar de peso a las que habrían de quedar como columnas de base.

La propia Marsha ayudó a Kristin a trepar por encima de sus compañeras que entre ellas gemían por el peso.

Marsha veía que la torre humana que se apoyaba contra la pared, vacilaba, y tenía miedo de que se viniera abajo y que alguna de las chicas pudiera romperse un hueso.

—¡Rápido, Kristin, arriba, arriba!

—¡Arriba! —exclamaron todas, dando ánimos a Kristin, que era como una ardilla comparada con las demás.

Kristin trepó ágil mientras las cadenas tintineaban, e incluso golpeó con ellas en las cabezas de dos compañeras.

Kristin, espoleada por los gritos de ánimo, consiguió llegar al ventanuco que más parecía una tronera. Era estrecho y no muy alto, parecía imposible que por allí pudiera pasar una persona.

Kristin, cuidadosamente, introdujo su cabeza por aquel ventanuco abierto en un muro muy grueso, hecho con bloques de piedra de más de sesenta centímetros de espesor

Ladeando su cuerpo, comenzó a introducirse hasta que dejó de apoyarse en los hombros de sus compañeras mientras la torre humana se iba casi desmoronando.

—Despacio, despacio, bajad despacio. Primero, las de arriba. Las de abajo, aguantad —pidió Marsha ayudando a sostener el peso a las muchachas que componían la base.

Otras que no habían formado parte de la torre humana la ayudaron en la tarea.

Al fin, la torre quedó deshecha sin que ninguna de las chicas se lastimara seriamente, quizás algunas magulladuras, nada más.

Todas miraron hacia arriba. Kristin estaba como embutida en el ventanuco y sus piernas forradas con los pantalones se movían en el aire mientras el cuerpo se hallaba materialmente encajado.

Marsha casi rezaba para sí temiendo que la muchacha quedara trabada sin poder seguir adelante ni hacia atrás, y si hacía esto último, era seguro que caería desde lo alto.

Kristin no se dejó llevar por el pánico ante su difícil situación y fue ondulando su cuerpo para pasarlo a través del estrecho ventanuco que aireaba el sótano de aquellas ruinas abandonadas en que habían sido encerradas.

Al fin, sus caderas rebasaron el ventanuco y quedó al otro lado con los pantalones medio sacados y un tanto rotos. El botón de la cintura había saltado y la cremallera se había corrido.

Kristin se apresuró a ajustarse los pantalones de nuevo. No lo consiguió del todo, pero estaba satisfecha.

—¡Ya estoy! —gritó, asomando la cabeza por el ventanuco.

Hubo gritos de júbilo entre las chicas, la esperanza renacía en ellas.

—La ventanita queda casi a ras de tierra, estáis en un sótano muy hondo.

—Ve con cuidado, Kristin, no te expongas.

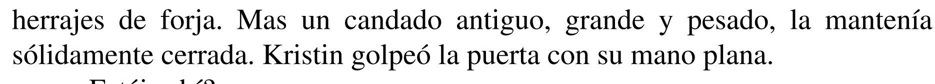
—No, ahora voy a buscar la puerta.

Kristin se alejó casi dando saltitos, mirando en derredor y sujetándose los pantalones. No tenía precisamente unas caderas amplias, aunque sí tenía cierto atractivo sensual su delgadez de adolescente.

Tras rodear una pared y rebasar unos arbustos que lo ocultaban en parte, Kristin vio el carro de un solo mástil de tiro. Buscó la entrada de las ruinas.

Penetró por ella y trató de recordar por dónde las habían introducido la noche anterior. Entre un grupo de piedras, descubrió la escalera descendente por la que se introdujo.

Llegó a un corredor y, al final, encontró la puerta de maderos gruesos y


herrajes de forja. Mas un candado antiguo, grande y pesado, la mantenía sólidamente cerrada. Kristin golpeó la puerta con su mano plana.

—¿Estáis ahí?

—¡Kristin! —gritó Marsha, al otro lado.

De inmediato, se produjo una algarabía de júbilo. Kristin lo había conseguido.

—¡Marsha, Marsha!

—¡Te oigo, Kristin!

—¿Me oís bien?

—Si sí, te oímos perfectamente. —Se volvió hacia las demás chicas y pidió—: Silencio, quiero oír a Kristin...

—Marsha, hay un candado muy grueso.

Marsha apretó los labios, salía el primer inconveniente. Había confiado que bastara con descorrer un cerrojo.

—¿Crees que se puede romper?

—¡Es muy antiguo! —gritó Kristin desde el otro lado de la gruesa puerta a la que se había pegado.

—¡Inténtalo!

—Probaré con una piedra. Si no consigo nada, volveré a la ventana y os lanzaré algo para que golpeéis la puerta desde el interior, a ver si entre todas conseguimos abrirla.

—Bien, Kristin, bien.

En el corredor que conducía al sótano había poca luz; sin embargo, Kristin cogió una piedra de cantos vivos que tenía un peso considerable. La alzó entre sus dos manos y con ella golpeó el cerrojo y el candado.

Al otro lado, Marsha y las muchachas quedaron en silencio, escuchando los golpes y esperando que la puerta pudiera abrirse de un instante a otro.

Kristin tuvo la impresión de que había alguien detrás de ella, la escasa luz que llegaba hasta allí acababa de vacilar. Se volvió bruscamente y descubrió al chófer de la cara quemada.

—¡No, no se acerque! —le advirtió, con la piedra en la mano.

Al otro lado de la puerta, Marsha escuchaba atenta y pudo oír las palabras de Kristin.

—¿Qué pasa, Kristin? ¡Responde!

—¡Ah!

—¡Kristin!

Todas quedaron tensas, en silencio. Kristin estaba en peligro y se daban cuenta de ello.

Pudieron oír golpes y gritos de Kristin, ruidos como de pasos bruscos, luego una caída.

—¡No, no! —gritaba Kristin como enloquecida.

—Perra, pequeña perra, ahora te daré lo que te está haciendo falta —masculló la voz apenas inteligible de aquel desalmado que las había conducido a aquella trampa de la que no habían logrado escapar.

—¡No, no! —seguía gritando Kristin, debatiéndose en una pelea en la que estaba en inferioridad de condiciones.

Escucharon golpes. Marsha, a su vez, dio con sus puños cerrados contra la puerta, con rabia, con desesperación, con impotencia.

—¡Déjela, canalla, déjela, déjela!

Desde el otro lado de la gruesa puerta llegaron rugidos, casi largos mugidos. Luego, un súbito y violento sollozo de desesperación, de derrota y casi agonía de Kristin.

Marsha también sintió deseos de llorar y sus pechos se agitaron en un convulsivo llanto mientras permanecía pegada a la puerta, como abrazada a ella. Imaginaba claramente lo que acababa de ocurrir y entre sollozos le habló:

—Kristin, Kristin...

La muchacha seguía llorando, sin responder.

—No desesperes, Kristin, olvidarás lo que te ha pasado, Por favor, no desesperes, no es el fin del mundo...

—¡Camina! —exigió el hombre de la cara quemada.

—No —suplicó Kristin ya sin fuerzas, vencida.

—¡No se la lleve, no se la lleve!—gritó Marsha, impotente, golpeando de nuevo la puerta.

—¡Marsha, Marsha! —gemía Kristin. Su voz se alejó más y más hasta que dejó de oírse.

CAPITULO IX

Hank se daba cuenta de que entraba en un período de desesperación. Su vida había quedado trastornada. Todo había sido racional hasta meterse en aquel maldito bosque donde se hallaba la aldea muerta a la que fueran conducidas las muchachas.

Caminaba y caminaba, buscándolas.

El perro iba tras él sin ladrar ni gruñir, casi con la cabeza gacha, como deseoso de no molestar.

Se salió del camino y se sentó, agotado y hambriento. El perro también se detuvo a prudente distancia y miró a Hank. Este, dándose cuenta de la mirada del can, se encaró con él y le habló como si el perro fuera una persona.

—¿Sabes tú dónde están las chicas? —El animal continuó en silencio—. ¿Y tu amo, dónde está él? Ah, si pudieras hablar...

El perro, de un tamaño mediano a grande, con abundante pelaje de un color marrón fuerte, gimió como demostrándole su impotencia por responderle, pero semejaba darle a entender que le escuchaba, que sabía que le hablaba a él.

—Tú no tienes la culpa de nada —suspiró Hank.

El perro, como si le hubiera entendido, se acercó más al hombre y volvió a sentarse. Hank alargó la mano y le acarició la cabeza. El animal recibió la caricia con agrado, apretando su testa contra la mano del hombre para sentir mejor su presión.

Cuando ya estuvo algo repuesto, se incorporó y miró el camino. Junto a él había una vereda, pues no podía llamarse camino, y diciéndose que los caminos no le habían conducido a parte alguna para escapar del bosque, tomó aquella vereda y echó a andar. El perro fue tras él.

Anduvo entré el espeso boscaje durante más de una hora. Encontró agua y bebieron él y el perro, ambos seguían sin comer.

De pronto, en medio de la espesura del bosque, donde casi formaba una hondonada junto a una vieja cabaña de troncos, Hank quedó atónito.

—¡El autocar, mi coche!

Los dos vehículos estaban allí, frente a la cabaña. Lo que tanto había buscado, al fin lo encontraba, por pura casualidad.

Miró al perro que no prestó ninguna atención al hallazgo, por lo que Hank dedujo que allí no debía haber nadie, pues era muy posible que el perro, de haber detectado a un ser humano, hubiera ladrado; sin embargo, decidió tomar precauciones.

Se acercó a la cabaña y se asomó a una ventana, pero la contraventana apenas permitía ver nada. Se enfrentó con la puerta que estaba cerrada. Quienquiera que viviese allí, se hallaba ausente y no quería que nadie entrase en la cabaña durante su ausencia.

Antes de decidirse a forzar la puerta, se enfrentó con el autocar. Abrió la

puerta y se introdujo en el vehículo. El perro dudó, pero luego subió, dispuesto a seguir a su nuevo amo, fuese adonde fuera

Hank se acercó al asiento del conductor, comprobando que las llaves estaban en el contacto.

—Esto empieza a verse claro...

En aquel instante, por el espejo retrovisor, vio a un hombre que llevaba casi a rastras a una muchacha con las muñecas sujetas por cadenas.

La chica, más bien pequeña y delgada, iba casi de un lado a otro, tropezando. Sobre los hombros llevaba colgando los pantalones y sus piernas aparecían desnudas.

Pese a la distancia y a través del espejo retrovisor, Hank pudo ver el rostro de aquel hombre y lo identifico como el hombre de la cara quemada de que le hablara Marsha.

Miró hacia la puerta, preocupado por si le descubría aquel individuo, pero la puerta quedaba en el lado contrario al que llegaba el hombre de la cara quemada con su Cautiva que, al quedar más cerca, Hank pudo ver que tenía tumefacciones en el rostro, posiblemente por haber recibido puñetazos canallescos y despiadados.

Se deslizó del asiento del chófer y cogió al perro que se había puesto nervioso. Le cerró la boca entre las manos mientras lo acariciaba.

Dejó que los recién llegados se acercaran a la casa. La puerta de la cabaña fue abierta sin sospechar nada y fue entonces cuando Hank salió del autocar. El perro le siguió e iba a ser cerrada de nuevo la puerta de la vivienda cuando Hank cargó con todo el peso de su cuerpo.

La puerta se abrió de nuevo, ahora violentamente, empujando al hombre de! rostro inexpresivo que estaba al otro lado.

Kristin, todavía aturdida, reconoció de inmediato al recién llegado.

—¡Hank!

El hombre del rostro quemado reaccionó de inmediato y al ser lanzado contra una de las paredes, cogió de ella un hacha con la que atacó a Hank, que se vio obligado a retroceder mientras el acero cortaba el aire buscando el cuerpo de Hank, que saltaba hacia atrás, a un lado y a otro.

—Te voy a descuartizar —masculló, resoplando, aquel criminal enloquecido.

De pronto, se detuvo frente a Kristin y levantó el hacha sobre su cabeza. Amenazante, silabeó:

—Si no te pegas al suelo como una sabandija, le abro el cráneo a la chica.

Hank quedó quieto, expectante, seguro de que aquel asesino era capaz de hacer lo que decía.

De pronto, el perro saltó sobre el brazo que sostenía el hacha. Las mandíbulas se cerraron, hundiéndose los colmillos.

—¡Aggg!

El asesino se revolvió, mas el perro no le soltó. Hank aprovechó para arrebatarle el hacha y golpearle la cara con ella.

—¡Quieto, «Dog»!

Posiblemente, era la primera vez que el can se sentía llamar «Dog», pero obedeció al mandato de su nuevo amo.

—¡Mátalo, mátalo! —gritó Kristin.

Hank le dio un puntapié en el hígado que lo dejó encogido mientras el perro gruñía amenazador junto al cuello de aquel ser despreciable.

Hank buscó una soga con la que ató a la espalda las manos del miserable, sujetándole codo con codo.

—Es un canalla —sollozó Kristin, saltando ya sus nervios contenidos hasta aquel momento.

—Tranquilízate, ya lo tenemos y tú estás libre.

—Pero me ha violado, me ha violado —sollozó, ocultando el rostro contra el pecho de Hank, segura de hallar una protección en él.

—Sé que será muy difícil para ti, pero has de comenzar a olvidar. Lo sucedido ya no tiene remedio, pero te juro que este indeseable pagará lo que ha hecho. Ahora, déjame que te quite los grilletes.

El grillete era de cierre propio. Hank se encaró con el hombre de la cara quemada y le preguntó;

—¿Dónde está la llave?

—No la tengo.

—¿Que no la tienes? ¿Quieres que te baje los pantalones y el perro te coma lo que te cuelga?

—Juro que no la tengo.

—¿Quién las tiene?

—Goswok.

—¿Quién es Goswok?

—Mi amo.

—¿Tu amo, estás seguro?

—Es un príncipe del infierno.

—Idioteces. Habla o te va a costar muy caro. ¿Qué tal soportarás que un perro te castre a dentelladas?

—Goswok es mi amo y tengo que obedecerle.

Hank miró a Kristin y le dijo:

—Ya te quitaré las cadenas, ahora ponte los pantalones. —Se volvió de nuevo hacia el hombre de la cara quemada y se preguntó a sí mismo si se hallaba ante un ser normal o ante un loco esquizofrénico con el que todo diálogo o interrogatorio era inútil.

—Está bien, Goswok, ese ser infernal del que hablas, es tu amo. ¿Y qué es lo que te pide?

—Mujeres.

—¿Para qué?

Aquel sujeto canallesco comenzó a reírse. Hank no cambió de actitud y aguardó a que dejara de hacerlo.

—¿No te imaginas para qué las quiere?

—¿Para subirlas a la plataforma de la fuente?

—Sí, para que suban allí, es su altar. El está arriba, en el monolito, y es el amo de todos estos bosques. Cualquier cosa que suceda, él la sabe y a ti te arrancará las vísceras con sus afiladas garras.

—Eso ya lo veremos cuando lo intente. ¿Qué pretende con las mujeres?

—Poseerlas, poseerlas al tiempo que las desgarra y las mata.

—Un sádico asesino.

—Y las convierte en zombies. Todos aquí son muertos vivientes, tú no puedes matarlos porque ya están muertos, muertos.

—¿Todos?

—Sí, todos, yo soy el único vivo. Antes quedaba Lombard.

—¿Quién es Lombard?

—Él amo del perro. Su hija vino a visitarle, ella vivía lejos, pero vino a ver a su padre y yo la capturé para Goswok. La encerré en las ruinas para que los zombies se encargaran de llevársela a Goswok. El la poseyó y la mató y ahora es una zombie como los demás de la aldea. Todos están muertos, nada puedes contra ellos.

—Sí, parecían muertos, muertos —musitó Kristin, más recuperada, pero con su bello rostro lleno de cardenales.

Hank recordó los muertos del cementerio, con los ataúdes a punto de ser abiertos dentro de las tumbas ya vacías de tierra.

—Ese príncipe del infierno al que tú llamas Goswok, ¿crea falsas visiones?

—Sí, tiene poderes infinitos, domina la mente de los mortales. Puedes ver un dragón delante de ti sin que esté.

—Ahora comprendo la noche de amor con Marsha...

—¿Noche de amor con Marsha? —preguntó Kristin.

—Olvídalo. Y tú, dime, ¿cómo se te ocurrió traer a las muchachas al bosque para ese Goswok?

—El doctor me pidió que fuera en busca del autocar. Luego, le dije que un policía se había encargado de llevarse el autocar y que no había por qué preocuparse. Tantas mujeres jóvenes, tantas vírgenes, yo tenía que traérselas a Goswok para que se pusiera contento y me premiara.

—Y si se las traías á él, ¿cómo te has atrevido a violar a una de las cautivas?

—Kristin trataba de hacer escapar a todas. Goswok sabrá perdonarme, era como un castigo para ella. Yo la había apartado de las demás y me la traía a la cabaña para tenerla siempre conmigo y que fuera mi esclava. Después de todo, debía agradecérmelo, ella no sería una zombie, no moriría desgarrada mientras era violada por Goswok.

—¿Y dónde están todas ahora?

Fue Kristin quien respondió:

—En las ruinas, en el sótano, Hay que llegar allí antes de que sea de noche y los muertos despierten. Sería horroroso.

—Aunque me matéis a mí, no conseguiréis escapar. Goswok está vigilante,

nada se le escapa. Él es quien os ha hecho perder una y otra vez en el bosque. Seguíais las huellas de los neumáticos y el poder de Goswok os hacía ver huellas por todas partes. No habéis hecho más que dar vueltas y más vueltas, porque Goswok lo ha querido así. Goswok es el amo de este lugar. Los que no murieron tuvieron que huir de la aldea. —Volvió a reír—. No escaparéis, todas serán poseídas por Goswok y luego convertidas en muertas vivientes. Su poder no conoce límites.

—Alguna forma habrá de acabar con Goswok.

—Ninguna, es eterno, inmortal. Las mujeres que suben a su altar se le ofrecen, se excitan y están esperando que Goswok salte sobre ellas. Goswok sólo salta cuando sabe que ellas lo están deseando porque se le entregan.

—Estupideces, no se le pueden entregar.

—Sí, él sabe excitarlas, sabe influir en sus mentes despertando su sensualidad. Ellas danzan y danzan, provocándole para que él se decida a poseerlas. Es el amo, por eso se convierten en sus siervas. No toma más que lo que se le da.

—Cuando la mente está influenciada, no es libre y cuando no es libre, no hay entrega voluntaria. Ahora, vamos a ver a Goswok.

—No, no llegaréis jamás. Goswok hará que siempre os perdáis por los caminos.

—Eso ya lo veremos. —Se volvió hacia la muchacha y le preguntó—: ¿Cómo te encuentras?

—Mal, muy mal.

—Aguanta. Es lo único que puedo decirte, lo siento, pero aguanta. El sol volverá a salir para ti, ya lo verás. La muerte es lo único que no tiene remedio.

—Cuando Goswok me libere, me la devolverá, él sabrá dármela y la tendré para mí. No es la que más me gusta de todas, pero es una mujer joven, muy joven, aunque yo me hubiera quedado con Marsha, la maestra.

Pronunciar aquellas palabras le costó una patada en mitad de la boca. Luego, Hank le cogió por un brazo, ordenándole:

—Andando, al autocar.

Le sacó fuera y le empujó hasta hacerlo rodar, siempre vigilado por el perro.

Hank cogió las llaves de su propio coche, se las guardó y después obligó a aquel canalla a subir al autocar. Kristin y el perro le siguieron. Hank ordenó al hombre:

—Al suelo y sin levantarse. —Miró a «Dog» y le señaló al prisionero—. ¡Vigílalo!

El perro, con una inteligencia nada común en un can, se sentó junto al cautivo y cuando éste movía la cabeza, le mostraba los colmillos.

Hank dio a la llave del contacto y el motor runruneó sin dificultades. Hizo marcha atrás, maniobró y logró enfilar el camino más ancho que conducía a la cabaña, un camino de tierra y lleno de baches, pero el vehículo pudo avanzar por él aunque lentamente.

—Hank...

—¿Sí, Kristin?

—Se está haciendo de noche.

—Sí, es lo que me dice el estómago.

—¿Llegaremos antes de que Goswok ataque a Marsha y a mis compañeras?

—Sí, claro que sí —asintió, resuelto, aunque no estaba seguro de nada.

Se había perdido tantas veces en los caminos de aquel maldito bosque que quizás el hombre de la cara quemada tuviera razón al decir que no escaparían.

Y como si éste captara su pensamiento, comenzó a reír de forma demoníaca, mientras el perro le ladraba, amenazador.

CAPITULO X

Tras la desaparición de Kristin, Marsha se había sumido en unos momentos de desesperación, de impotencia ante lo ocurrido y lo que podía suceder después.

Kristin había caído en manos de un canalla, pero todavía quedaban cuarenta y tres muchachas más por las que luchar. No volvería a dejar sola a ninguna de ellas.

—Quiero que todas unamos nuestro esfuerzo. Una a una, sin cansarnos, iremos golpeando la puerta con una piedra. Al cansarse una, seguirá otra. Nos pondremos en fila y así trabajaremos todas. Hay que derribar la puerta.

Se dedicaron a golpear la puerta que parecía invulnerable, mas a base de dar golpes contundentes con la pesada piedra, comenzó a vacilar.

Marsha miró angustiada la luz del ventanuco que iba desapareciendo. La noche llegaba y la puerta no había sido abierta aún.

—¡Vamos, hay que reventar la puerta, hay que reventarla!

Golpearon con más fuerza y, al fin, el herraje del cerrojo saltó de la madera astillada que tantos y tantos golpes había recibido.

—¡Marsha, ya está! —gritó Goldie.

—Despacio, despacio, salgamos sin hacer ruido y os voy a decir algo.

Todas quedaron atentas, escuchando a su maestra.

—Yo no sé qué clase de maldad hay afuera, pero estamos desamparadas y hemos de pedirle a Dios que nos proteja. Perdí la Biblia pero cantaremos el salmo que conocemos de memoria. Ahora, al salir afuera, sin alejaros, buscaréis ramas que romperéis y ataréis formando cruces.

—¿Cómo sujetaremos los palos, Marsha?—preguntó Agatha.

—Utilizad los cordones de los zapatos, cinturones, cintas del pelo, pero atad ramas formando cruces y cuanto más grandes, mejor, que se vean.

Subieron por la escalera. La oscuridad había llegado antes al sótano, pero en el exterior aún había luz suficiente y las muchachas corrieron hacia los arbustos para quebrar sus ramas, lo mismo que de los árboles más próximos.

—Marsha, mira estos troncos.

—Sí, son grandes.

—¿Los convertimos en una cruz?

—Sí, ¿por qué no? Hay que buscar la forma de sujetarlos, haremos con ellos una cruz grande y la arrastraremos entre varias.

—¡En el carro está la cadena larga! —gritó otra jovencita.

—Pues con la cadena sujetaremos la cruz.

Cuando tuvieron suficientes cruces y la noche era un hecho, Marsha las impulsó a avanzar.

—¡Hacia la aldea y cantando el salmo siete de David...!

El avance de Marsha y las muchachas semejó una procesión que invocaba la protección de Dios contra las fuerzas del mal. Llegaron con sus cruces a la

plaza de la aldea muerta donde se hallaba la fuente de Goswok.

—¡Marsha, Marsha, tiene los ojos abiertos! —exclamó Anjanette mirando al diabólico ser que se hallaba en lo alto del monolito.

—No hay que temerle, Dios está con nosotras. Rodead la fuente, vamos, rodead la fuente.

Hubo un primer movimiento de temor, pero como Marsha corrió hacia la fuente, la siguieron.

Marsha arrebató la cruz de madera de las manos de una de las chicas y la arrojó contra la plataforma de granito de la que nacía el monolito. Inmediatamente, se escuchó aquella mezcla de rugido y maullido infernal.

—¡Más, más cruces!

Las jóvenes fueron arrojando cruces sobre la base del monolito, de tal modo que Goswok quedó rodeado por ellas. Semejaba que podía saltar, pero la fuerza que emanaba de aquellas cruces se lo impedía y la bestia se reencarnó, dejando de ser pétrea.

Se revolvió en lo alto, rugiendo como si estuviera herida mientras sus ojos amarillo verdosos se agrandaban y las garras emergían de sus cápsulas amenazadoramente.

—¡Arriba con la cruz grande! —pidió Marsha.

Por encima de la fuente, izaron la cruz grande, que puso más furioso a Goswok.

—¡Cantemos, cantemos todas a Dios! —pidió Marsha,

Lo que Marsha y las jovencitas ignoraban era que en aquellos momentos se abrían las tapas de los ataúdes del cementerio y los seres espectrales surgían de su interior.

Los muertos vivientes comenzaron a abandonar sus sepulcros a la llamada nocturna de su amo. Allí aparecieron también el hombre del bosque, sin ojos, con las huellas de la soga en su cuello, y su hija.

Aquéllas eran las siniestras y terroríficas huestes de Goswok que avanzaron hacia la plaza de la aldea. Agatha fue la primera que los vio cuando la luna aparecía por encima de un árbol muy frondoso.

—¡Marsha, Marsha, vienen los zombies!

Marsha se estremeció, no sabía qué decisión tomar. Las cruces rodeaban al infernal Goswok y le impedían saltar sobre ellas, pero los muertos vivientes que eran sus esclavos avanzaban, dispuestos a liberarle.

—¡Agrupaos, agrupaos, todas juntas! ¡Coged piedras y arrojadlas contra esos seres malditos!

Las jóvenes se pusieron manos a la obra y tomaron piedras del suelo. Las arrojaron contra los espectros, que recibían las pedradas que les hacían vacilar, pero seguían adelante como si fueran invulnerables.

—¡Marsha, si ya están muertos!—le hizo observar Myriam.

—¡Nos vamos, poneos en marcha por el camino, sin separaros! —les pidió Marsha, quedando ella atrás, mientras los zombies continuaban avanzando.

Dos de ellos se acercaron a la fuente y trataron de retirar la pesada cruz de

troncos; mas, al tocarla, sintieron como fuertes calambres que les arrojaron contra el suelo en medio de gemidos largos e infrahumanos.

Arriba, en el monolito, Goswok seguía lanzando aquellos extraños gritos de bestia infernal, rabioso por lo que le estaba ocurriendo.

De pronto e inesperadamente, en mitad del camino apareció un sapo gigantesco que abrió sus fauces y sacó su larga lengua, provocando el pánico entre las muchachas, que retrocedieron asustadas.

Marsha se sentía atrapada entre los muertos que avanzaban y aquel sapo gigantesco que les cortaba el paso.

Tomó un guijarro y no supo si lanzarlo hacia los muertos o contra el enorme batracio mientras las muchachas desaparecían a ambos lados del camino.

—¡Maldita bestia!

Arrojó la piedra contra el sapo gigante y la piedra se perdió a través de él, lo que la dejó perpleja. De pronto, gritó:

—¡No existe, no existe, es sólo una ilusión, una alucinación que nos envía Goswok!

Pero, tras ella, dos de los zombies se habían acercado tanto que alargando sus manos la cogieron por los brazos y los cabellos.

—¡Noo, nooo!

Las muchachas gritaban, lloraban, caían y volvían a levantarse en medio de una oscuridad casi completa, pues sólo la luna las iluminaba. Mirando hacia el camino, pudieron ver cómo los esclavos de Goswok se llevaban a Marsha.

Marsha se sintió arrastrada por aquellos seres que vivían en la noche y se ocultaban de la luz del sol.

La llevaron a la fuente, hasta la escalera que accedía a la plataforma octogonal, en cuyo centro nacía el monolito sobre el que seguía Goswok, como haciendo equilibrios.

Marsha subió por las escaleras porque no soportaba verse sujeta entre las manos cadavéricas.

Allí estaban las cruces; sin embargo, Marsha sintió un cosquilleo en las plantas de sus pies. Era como una fuerza que emanaba de la piedra, una sensación que la obligaba a moverse. No tardó en darse cuenta de que danzaba para Goswok, era una fuerza superior a sus deseos.

Unos potentes claxonazos interrumpieron su danza de entrega a Goswok.

El autocar irrumpió en la plaza, iluminándola con sus faros. Hank manejaba el volante y no dudó en atropellar a los zombies. Les golpeó, les aplastó y dio la vuelta a la plaza hasta detener el autocar.

Lo dejó con las luces encendidas y corrió hacia la fuente. Trepó por ella tomando entre sus brazos a Marsha y estrechándola contra sí.

Los zombies también trataron de subir. Marsha le advirtió:

—¡Hank, Hank, nos van a coger!

Hank cogió una de las cruces desparramadas en la plataforma y con ella

golpeó al muerto viviente, aquel hombre del bosque que pese a carecer de ojos sabía adónde dirigirse.

El golpe le hizo caer hacia atrás y con él cayeron otros dos.

Mientras, el hombre de la cara quemada escapaba saltando del autocar. El perro le siguió hasta morderle en un tobillo, lo que le hizo caer. Pero logró darle una patada al perro en pleno hocico que lo tumbó.

Se reincorporó y golpeó con secos taconazos la cabeza del animal cuando comenzaron a llover piedras desde ambos lados del camino donde se habían guarecido las muchachas.

El hombre de la cara quemada fue lapidado de forma espontánea hasta que cayó derrumbado, iluminado por los faros encendidos del autocar.

—¿Cómo escaparemos? —preguntó Marsha.

—Vamos, que tengo algo preparado.

—¿El qué?

—Ahora lo verás. Salta, vamos, salta.

Saltaron desde la plataforma y corrieron hacia el autocar. Algunos de los muertos vivientes caminaban hacia ellos, aun los aplastados volvían a levantarse y seguían su avance.

—¡Arriba, Marsha, arriba!

—¡Kristin!

—¡Marsha!

Ambas se abrazaron.

Hank tomó una lata y corrió con ella, sorteando a los zombies, hasta la escalera de la fuente. Trepó por ella y vertió el líquido que contenía la lata, de unos diez litros de capacidad.

Mojó también la gran cruz de troncos y mientras los muertos vivientes le acosaban a él y al autocar donde se habían encerrado, Marsha y Kristin, sacó su encendedor y prendió el combustible que había arrojado y que inflamó rápidamente.

Las cruces empezaron a arder y Hank saltó desde la plataforma al suelo.

Cuando se volvió, comprobó que las llamas trepaban por el monolito y la bestia, como encadenada en lo alto, se retorcía entre el fuego mientras las cruces ardían con llamas purificaderas.

Los rugidos de la bestia infernal se expandieron por todo el bosque mientras se quemaba con el fuego que emanaba de las cruces empapadas de combustible.

Los muertos vivientes comenzaron a tambalearse hasta caer al suelo. La quema de Goswok, que se carbonizó, haciéndose más y más pequeño, encogido sobre sí mismo, trajo consigo la pérdida de su maligno poder.

Los zombies perdieron la fuerza que les obligaba a vivir y cayeron en la muerte eterna. En la aldea entró como una oleada de paz mientras las llamas empequeñecían.

Hank anduvo hacia el autocar cuando vio al perro. Se acercó a él y lo tocó. El animal movió la cabeza hacia él. El hombre de la cara quemada estaba

ensangrentado y con los ojos abiertos.

Hank tomó al perro entre sus brazos y lo llevó al autocar mientras Marsha tocaba el claxon repetidamente para hacer regresar a las muchachas que se habían emboscado.

El vehículo no tardó en llenarse de voces. Marsha abrazaba a las chicas a medida que entraban. Las cadenas era él último vestigio de su cautividad, pero una de ellas movió el grillete y se le soltó.

—¡Se ha abierto! —gritó—. ¡Se ha abierto!

Todas probaron y los grilletes se abrieron como por arte de magia. Los poderes de Goswok habían desaparecido y las cadenas fueron arrojadas lejos del autocar.

En la plaza podían verse cadáveres corrompidos, esparcidos por doquier.

—Por favor, por favor, calma, calma. Voy a pasar lista, quiero saber si estamos todas.

—Cuéntalas —le pidió Hank mientras ponía el autocar en marcha y enfilaba el camino para alejarse de la aldea.

—¡Todas, están todas! —exclamó Marsha, feliz.

Hank, en voz baja, le dijo:

—Tienes que ayudar especialmente a la que ha sufrido más.

Marsha se sentó junto a Kristin, abrazándola como una hermana mientras las luces de los faros taladraban el bosque y el autocar daba pequeños botes.

Algo más de una hora después, el autocar irrumpía en el asfalto de la carretera y Hank comenzó a tocar el claxon, lo que provocó el júbilo general.

—Hank, ¿y tu coche?

—Ya vendré otro día a buscarlo, ahora hay que llegar a la villa. Yo, por lo menos, tengo hambre.

Todas se echaron a reír mientras Marsha conectaba la cassette con música.

La pesadilla había terminado y el autocar rodaba veloz por el asfalto, alejándose más y más de la aldea muerta.

FIN